



**UNIVERSIDAD
TORCUATO DI TELLA**

Maestría en Estudios Internacionales

Tesis Final

Guerra asimétrica: La estrategia de Defensa de la República

Popular China en el período 2012 – 2016

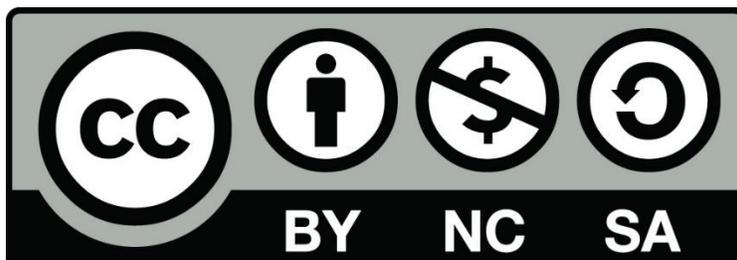
Autor: Lic. Lautaro N. Rubbi

Tutor: Dr. Francisco Corigliano

Co-tutor: Dr. Luis Castillo Argañaras

Co-tutor: Mg. Juan E. Battaleme

Fecha de entrega: Abril de 2018



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/).



Reconocimiento: En cualquier explotación de la obra autorizada por la licencia se debe reconocer la autoría.



No Comercial: La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.



Compartir igual: La explotación autorizada incluye la creación de obras derivadas siempre que mantengan esta misma licencia al ser divulgadas.

A Fundación UADE y CONICET, por la financiación otorgada.

A Francisco, mi director, que apostó por mi casi sin conocerme y supervisó hasta los más mínimos detalles.

A Juan, Luis y Andrés, mentores diarios desde que empecé este largo camino, dándome una oportunidad tras otra. Les debo la mitad de mi carrera, si no más.

A Vicky, que empezó como alumna y hoy es una colega y una ayuda invaluable en cada nueva investigación.

A los chicos de la ofi, los del cole, los del club, a Fabi, a Phama, a esos hermanos que me dio la vida y que con sus risas hacen que cada día cueste un poco menos. La vida no valdría la pena sin todos ellos.

A ella, la que cada día me sigue sorprendiendo, la que me distrae, la que me divierte, la que siempre me saca una sonrisa.

A toda mi familia, los que estuvieron siempre, los que van a estar siempre, los que se enorgullecen con cada nuevo paso, los que festejan conmigo cada logro.

A los que no están en cuerpo, pero me guían y cuidan desde donde están.

Y por último, pero no por eso menos importante, a pa y ma, el vi y la vi, los vi, ellos, que me bancaron desde el primer día, me dieron todo y más. Por ellos llegué hasta acá, por ellos voy a seguir.



“La decisión clave que enfrentan Beijing y Washington es si realizar esfuerzos genuinos para la cooperación o caer en una nueva versión del patrón histórico de rivalidad internacional”

Henry Kissinger, 2012



Resumen:

Según múltiples analistas, la guerra hegemónica, norma reiterada a lo largo de la historia, es actualmente no sólo posible, sino también probable. Ante las crecientes tensiones en Asia Pacífico, es necesario preguntarse cómo pretende China afirmar sus intereses como hegemón en su periferia frente a la intención de Estados Unidos de mantener su influencia en la región. Dada la notable asimetría de sus capacidades militares convencionales, este trabajo tiene por objeto indagar sobre la evolución actual de China en capacidades militares no convencionales entre 2012 y 2016, haciendo hincapié en el papel de las capacidades cibernéticas. Se concluye que los procesos constantes de modernización de la ciberseguridad ofensiva y otras capacidades no convencionales podrían dar a China la posibilidad de equiparar a Estados Unidos en una guerra asimétrica, rompiendo la asimetría establecida por sus capacidades militares convencionales.

Palabras clave: República Pública de China; Estados Unidos; Guerra Hegemónica; Guerra Asimétrica; Capacidades no convencionales

Abstract :

According to multiple analysts, the hegemonic war, a norm reiterated throughout history, is currently not only possible, but also probable. Faced with growing tensions in Asia Pacific, it is necessary to ask how China plans to assert its interests as hegemon in its periphery against the intention of the United States to maintain its influence in the region. Given the remarkable asymmetry in its conventional military capabilities, this work aims to investigate China 's current developments in non - conventional military capabilities between 2012 and 2016, emphasizing the role of cybernetic capabilities. It is concluded that the constant processes of modernization in offensive cybersecurity and other non conventional capabilities could give China the possibility to equate the United States in an asymmetric war, breaking the asymmetry established by its conventional military capabilities.

Key Words: Public Republic of China; United States; Hegemonic War; Asymmetric War; Non conventional capabilities

Índice

INTRODUCCIÓN – Un sistema internacional en plena transición	7
Especificaciones metodológicas.....	15
CAPÍTULO 1 – Pensando en una Guerra Hegemónica.....	20
CAPÍTULO 2 – El concepto de Guerra Asimétrica.....	29
CAPÍTULO 3 – Posición relativa de las grandes potencias en el campo militar.....	42
CAPÍTULO 4 – Algunos desarrollos no convencionales de la República Popular China	54
4.1. Estrategia A2/AD	57
4.2. Misiles	60
4.3. Espacio exterior.....	64
CAPÍTULO 5 – Las capacidades no convencionales de China en el plano de la Ciberguerra y la Ciberseguridad	71
CONCLUSIONES	88
BIBLIOGRAFIA.....	98



Índice de gráficos y tablas

Gráfico 1: PBI 1980 – 2016 (USD a precios constantes 2016).....	10
Gráfico 2: Porcentaje de victorias en conflictos asimétricos por tipo de actor en períodos de 50 años.....	34
Gráfico 3: Poderío militar de China y EE.UU. - Presupuesto de Defensa (2017/2018)	46
Tabla 1: Situación militar comparada (datos 2016)	49

INTRODUCCIÓN – Un sistema internacional en plena transición

*“Dejad que China duerma, porque, cuando
despierte, el mundo temblará”*

Napoleón Bonaparte (Siglo XVIII)

El presente trabajo parte de la premisa de que una guerra a gran escala entre los Estados Unidos y la República Popular China (RPC) en el futuro no es sólo posible, sino también probable. Sin embargo, se plantea que China aún no cuenta con las capacidades militares convencionales para hacer frente a la potencia norteamericana, por lo que la confrontación tomaría las características de una guerra de tipo asimétrica. Frente a esto, la hipótesis principal del trabajo plantea que China se encuentra desarrollando estrategias y sistemas de armas de tipo no convencional, con especial énfasis en la ciberguerra, con el objetivo de achicar la brecha de capacidades en caso de una confrontación bélica. Estos nuevos desarrollos podrían tener un impacto mayúsculo en el desarrollo y el desenlace de la misma.

Según un estudio de la Universidad de Harvard conducido por Graham Allison, 12 de 16 casos en los que un poder en ascenso ha confrontado a un poder hegemónico han terminado en guerra. La guerra hegemónica entre grandes potencias no solo es posible, ha sido la norma a lo largo de la historia (Allison, 2017). Frente al actual ascenso de China en términos económicos, militares y de influencia política internacional, el fantasma de la historia vuelve a acechar y el proceso de estabilidad, crecimiento, auge, disconformidad y reordenamiento internacional, aquel que puede ser entendido como la dialéctica de la historia mundial, puede estar cerca de llegar a su etapa de síntesis, etapa que históricamente se ha resuelto a través de la guerra (Gilpin, 1981; Gilpin 1988).



Es así que se ha popularizado en los últimos tiempos el concepto de la “trampa de Tucídides”, que designa aquellos dilemas trágicos que llevarían a las grandes potencias a enfrentarse entre sí por mera cuestión de percepciones. En su famosa obra, Tucídides escribía: “Fue el auge de Atenas y el miedo que ello inspiró en Esparta lo que hizo la guerra inevitable”. El patrón se ha reiterado a lo largo de la historia: ha habido siempre una fuerte correlación entre el rápido crecimiento el poder potencial de un Estado, la amplitud geográfica de sus intereses, la intensidad y la variedad de las amenazas percibidas a esos intereses y el deseo de expandir las capacidades militares y ejercer mayor influencia internacional en función de protegerlas. “El crecimiento tiende a alentar la expansión, que lleva a la inseguridad, que alimenta el deseo de mayor poder” (Friedberg, 2011: 157). Pero al mismo tiempo, cuando una Nación en rápido ascenso crece, especialmente mientras aumentan su seguridad, genera sentimientos de inseguridad y preocupación sobre otros, que toman la amenaza seriamente.

Frente a esto, lo importante es destacar que hoy estamos presenciando un cambio hegemónico prácticamente sin precedentes (Allison, 2015). El contexto internacional ha sufrido múltiples modificaciones desde principios del milenio. La unipolaridad norteamericana ha terminado. El mundo hoy se caracteriza por una disminución en términos relativos de la supremacía económica norteamericana, principalmente frente al enorme auge de China y otras potencias emergentes. Aunque Estados Unidos es claramente el estado más poderoso del planeta hoy en día, no es un hegemón global. Comparte el mundo con otros grandes poderes en ascenso y con gran asertividad y actividad de otros actores (Mearsheimer, 2004: 2; Zakaria, 2012: 53).

Nunca antes en la historia una nación ha crecido tan alto y en tantas dimensiones relativas al poder en tan poco tiempo como lo ha hecho China. En el curso de 30 años, durante los cuales ha mantenido tasas de crecimiento de entre el 8 y el 10%, China ha multiplicado su PBI por 10, sus

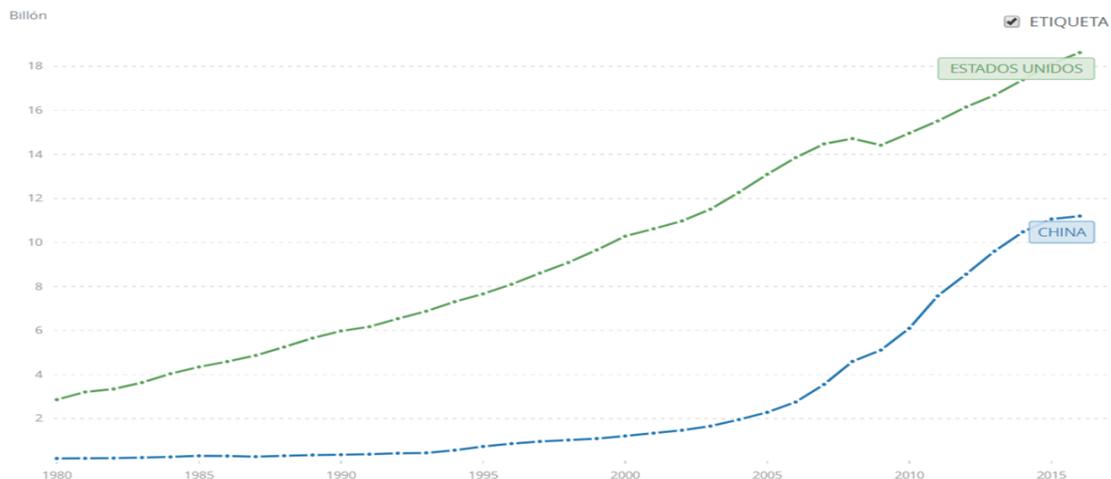
exportaciones por 20 y sus reservas por más de 100. Las tasas de crecimiento estimadas de China en los últimos años, y las proyectadas hacia el futuro, siguen siendo más de 3 veces las de los Estados Unidos. Además, China ya ha sobrepasado a los Estados Unidos como principal socio comercial del mundo, principal tenedor de reservas extranjeras, destino de Inversión extranjera directa, consumidor de energía y productor de acero. Hoy, además, China es el principal mercado de autos, smartphones, e-commerce, bienes de lujo y usuarios de internet (Allison, 2017). Con más de 1400 millones de habitantes, la población más grande del mundo, China tiene más grandes ciudades que cualquier otro país, la red de trenes de alta velocidad más grande del mundo, el mayor número de turistas en el exterior, 200 millones de trabajadores migrantes y un partido gobernante con más de 80 millones de miembros y una liga joven de más de 90 millones de adherentes (Fenby, 2014: 10).

Todo esto reafirma la posición de múltiples autores, tal como Layne (2011: 150), de que el fin de la era unipolar ya se está viendo en el día a día cotidiano. En el nivel político militar, los Estados Unidos se mantiene como el único superpoder del mundo. Pero en todas las otras dimensiones (industrial, financiera, educativa, social, cultural) la distribución de poder se está alejando del dominio americano (Zakaria, 2012:4).

En coincidencia, según Battaleme (2015: 23): “En términos generales nos encontramos frente a un reacomodamiento de los actores en términos de poder, a los efectos de establecer quién detenta, ejecuta y logra hacer uso del mismo de manera acorde a sus intereses”. Es así que, siguiendo las corrientes teóricas mencionadas, el auge económico chino podrían romper en el futuro cercano el delicado balance internacional: Es esperable que China no solo quiera ser rica, querrá también ser también poderosa. Los chinos han aprendido una amarga lección de la historia: el desarrollo económico por sí solo no puede garantizar la seguridad nacional (Hui, 2014: 163). Al

respecto, el libro blanco de la estrategia militar China de 2015 es claro: “Sin un ejército fuerte, un país no puede ser ni seguro ni fuerte” (STPRC, 2015).

Gráfico 1: PBI 1980 – 2016 (USD a precios constantes 2016)



Fuente: Banco Mundial

En cuanto a los aspectos militares, aunque su presupuesto de defensa es apenas un cuarto del norteamericano, la inversión es creciente. Cuenta con el ejército más grande del mundo en número de soldados y con una marina en expansión. China también se está desplazando desde un complejo militar industrial basado en la copia hacia uno de innovación. Aunque con escasa participación e intervención en los actuales conflictos internacionales fuera de su región, China está más que capacitada para defender sus intereses vitales. *"China está dejando de ser simplemente un país grande para ser un país grande y poderoso, por lo que la defensa y el desarrollo militar se sitúan en una nueva e histórica etapa de su evolución"*, anunció el presidente chino, Xi Jinping, durante una reunión de funcionarios militares en Pekín celebrada en noviembre de 2015. Según Pillsbury (2015: 39), quien ha tenido entrevistas a lo largo de las últimas décadas con gran parte del liderazgo asiático, los líderes Chinos ven el mundo multipolar de hoy

simplemente como un punto intermedio estratégico en la ruta a la nueva jerarquía global en la que China estará sola en la cima.

Sin embargo, un análisis en profundidad revela que en materia de poder militar e influencia política la transición de poder internacional no es tan clara, por lo que ingresamos a una etapa histórica de mutación e incertidumbre.

En el plano de la influencia política, la legitimidad de los Estados Unidos ha disminuido en cierta medida, principalmente a causa de factores estructurales, como la competencia de terceros Estados, la proliferación de múltiples actores, como grupos terroristas y de crimen organizado, Organizaciones Transnacionales y ONGs y la multiplicación de agendas en las que Estados Unidos ya no tiene la única voz, y en ocasiones, ni siquiera la más fuerte. Juegan también en esta disminución de influencia política factores internos, como la creciente aversión de la opinión pública a las intervenciones militares en zonas donde sus intereses vitales no corren peligro y las revueltas discusiones en torno a la política exterior del nuevo presidente.

Como puntualiza Corigliano (2014: 67), “el cuasi-monopolio en poder militar, la posesión de bases en cada rincón del planeta y el liderazgo en tecnología militar de punta son activos ventajosos de los Estados Unidos, pero no le garantizan el pleno consentimiento del resto de los actores internacionales a sus políticas externas”. A pesar de esto, Estados Unidos sigue siendo un actor político fundamental al momento de pensar cualquier acción o interpretación del contexto internacional actual.

Por otra parte, como se verá en profundidad a lo largo del presente trabajo, la supremacía norteamericana en términos militares sigue siendo indiscutida¹. Su inversión anual en defensa supera en monto al de los diez siguientes Estados. Mantiene el segundo arsenal nuclear del mundo en número de ojivas y el primero en términos cualitativos. Su marina sigue siendo la más grande y avanzada del mundo, la única con una capacidad de alcance efectivamente mundial y poder de patrullaje en todos los grandes océanos. Estados Unidos es el mayor exportador de armas junto con la Federación Rusa. También es el principal prestamista a nivel internacional para asuntos de defensa y el que mayor número de ejercicios militares conjuntos realiza.

Militarmente el sistema interestatal sigue siendo unipolar. “China está modernizando rápidamente su fuerza militar. Sin embargo, esta aún continúa mucho menos poderosa que la de los Estados Unidos” (Twomey, 2014: 153). Es un hecho irrefutable que ningún país tiene, ni remotamente, la red global de bases e instalaciones militares que Estados Unidos mantiene oficialmente en 46 países. El creciente poder militar chino habilita a Beijing a defender su territorio y sus rutas globales de abastecimiento. Pero Estados Unidos es el único país que posee la capacidad ofensiva de atacar a cualquier otro, y esta realidad no se va a alterar en un futuro previsible (Escudé, 2011 A). En este sentido, tomando en cuenta las categorías de Huntington, Corigliano (2014: 66) identifica el mundo actual como “un híbrido uni-multipolar, uno que cuenta con un Estados Unidos que, a la vez que no puede resolver temas globales clave sin la cooperación de otros grandes estados o la de coaliciones de estados, mantiene poder de veto sobre las acciones de una coalición de grandes potencias”.

El principal riesgo de esta dispersión parcial de poder es la potencialidad de “una jerarquía global inestable”. Los Estados Unidos todavía es preminente, pero la legitimidad, durabilidad y

¹ Ver Capítulo 3

efectividad de su liderazgo son cada vez más cuestionados a nivel mundial a casa de una amplia complejidad de desafíos internos y externos. Sin embargo, en cada dimensión tradicional del poder (militar, tecnológica, económica y financiera), Norteamérica aún no encuentra un rival directo a la par. Esta realidad tal vez no dure mucho más, pero es todavía el hecho innegable de la vida internacional (Brzezinski, 2012: 22). Sin embargo, a medida que otros Estados, principalmente China, se acerquen cada vez más a los estándares de poder de la superpotencia estadounidense, las lógicas históricas asociadas a la interacción entre grandes potencias se irán potenciando, generando un ambiente mucho más inestable.

Frente a ese escenario, si el ascenso de China será pacífico o violento es una cuestión que genera grandes interrogantes. Los estudios que examinan las consecuencias del ascenso de China a través de la teoría de la transición de poder o del realismo predicen un futuro de conflicto. También predicen que se volverá más beligerante a medida que acumule capacidades materiales. Podemos entonces plantear la posibilidad de que se esté terminando el período de estabilidad estratégica, alcanzado por la disuasión nuclear.

Con todo, se puede anticipar una multifacética y prolongada lucha entre los esfuerzos americanos de mantener la era de la unipolaridad y de otros países intentando acelerar la transición al mundo multipolar. A su vez, y esto es lo importante, los líderes chinos entienden que las capacidades militares de su país están aún y estarán rezagadas detrás de las de los Estados Unidos por varias décadas (Goldstein, 2001).

Atendiendo a las posibilidades de un conflicto a gran escala con los Estados Unidos y a la inferioridad de las fuerzas convencionales de China, la presente tesis busca responder la siguiente pregunta: ¿Cuáles fueron los desarrollos impulsados por China en materia militar para reducir la

brecha de capacidades con los Estados Unidos? Para dar respuesta a este interrogante el objetivo general de la presente investigación es describir lo que se comprende como la estrategia de Defensa de la República Popular China en el periodo 2012-2016 en relación al concepto de guerra asimétrica. Como objetivos secundarios se plantean indagar la aplicación del concepto de Guerra Asimétrica (convencionalmente asociado a conflictos entre un actor estatal y uno no estatal) a un conflicto interestatal hegemónico y realizar una comparación de las capacidades militares convencionales de la República Popular China y los Estados Unidos. La hipótesis de la presente tesis es que la potencia asiática se ha planteado el desarrollo de estrategias y capacidades militares de tipo no convencional para luchar en una guerra de tipo asimétrica con el objetivo de disminuir la brecha de capacidades militares convencionales aún existente en el período bajo estudio.

En base a los fenómenos analizados en el trabajo se puede observar que los constantes esfuerzos de modernización de las Fuerzas Armadas de China, en diferentes tipos de capacidades de alta tecnología y de tipo asimétricas, podrían dotar a la potencia asiática de medios defensivos/ofensivos (armas antimisiles, misiles hipersónicos, computadoras cuánticas, misiles destructor de portaaviones, guerra de la información, entre otros) que presentarían una amenaza para los Estados Unidos, rompiendo la asimetría que establecen las capacidades militares convencionales de estos actores (capacidades tales como portaaviones, artillería pesada, aviones y submarinos, entre otros).

En el capítulo 1 se indaga en mayor extensión la teoría y el concepto de Guerra Hegemónica, ambos asociados a la corriente teórica realista. Seguidamente, con la intención de trasladar tal concepto teórico al caso actual, se indagan otros rasgos de la relación entre China y Estados Unidos que pueden implicar una radicalización de esta lógica confrontativa. En el capítulo 2 se desarrollará en profundidad el concepto de Guerra Asimétrica y sus principales características.

En el capítulo 3 se atenderá a la comparación de las fuerzas convencionales de China y los Estados Unidos al año 2016, con la pretensión de demostrar la clara asimetría de capacidades convencionales entre ambos actores. En el capítulo 4 se avanzará sobre el desarrollo de las crecientes capacidades de China en materia no convencional, haciendo especial énfasis en el plano de la Ciberseguridad en el capítulo 5. A modo de conclusión se plantea que estos nuevos desarrollos podrían permitir a China superar la brecha de capacidades convencionales con los Estados Unidos en la eventualidad de una guerra de tipo asimétrica.

Especificaciones metodológicas

A partir de un enfoque positivista, se aborda el estudio de caso desde una metodología cualitativa exploratorio – descriptiva a través del análisis documental y estadístico de diversas fuentes oficiales, tanto de Estados Unidos y China como de Organismos Internacionales especializados en la materia. Se encontró evidencia diagnóstica que proveyó las bases para la inferencia descriptiva y causal que se pretendía, destacando eventos o situaciones fundamentales a través del período analizado que lograron dar cuenta del proceso abordado (Collier, 2011: 824). Como se planteó con anterioridad, el objetivo principal de la presente tesis implica la descripción de lo que se comprende como la estrategia de Defensa de la República Popular China (RPC) en el periodo 2012-2016 en relación al concepto de guerra asimétrica.

El trabajo, que se funda sobre las bases del Realismo Estructural, adopta como principales insumos teóricos los conceptos de Guerra Hegemónica (Capítulo 1), Guerra Asimétrica (Capítulo 2) y desarrollos no convencionales (Capítulo 4). En concordancia con los postulados del Realismo Estructural, se toma a los Estados como actores principales del sistema internacional y, al mismo tiempo, como actores unificados, sin profundizar sobre el aparato burocrático, el sistema político,

el sistema social y otros actores al interior de estos Estados. Tampoco se hace referencia aquí al rol de otros actores internacionales (importantes, pero secundarios desde el punto de vista del Neorealismo), tal como Organizaciones Internacionales, ONGs o Empresas multinacionales. “Los estados son entendidos como actores unitarios que desean al menos sobrevivir, y son tomados como las unidades constitutivas del sistema. La cualidad estructural esencial del sistema es la anarquía: la ausencia de un monopolio central de la fuerza legítima” (Waltz, 1988: 618).

A su vez, la teoría de realismo estructural sirve en función del presente trabajo para describir las relaciones de los Estados de acuerdo a ciertos aspectos del sistema internacional. Establece relaciones causales entre las acciones de los Estados y los cambios en la distribución del sistema internacional. Según esta corriente teórica, la estructura alienta ciertas acciones y desalienta otras. Entender la estructura de un sistema internacional nos permite explicar modelos de comportamiento estatal. Esta teoría nos lleva a poder describir las acciones de Estados Unidos y China frente a un cambio en la estructura internacional y como esta afecta el comportamiento de los Estados.

Estos postulados de la corriente teórica del realismo estructural sientan las bases teóricas del trabajo, que luego se complementan con un análisis teórico detallado de los conceptos de guerra hegemónica y guerra asimétrica en los capítulos subsiguientes, seguido de un análisis empírico de los nuevos desarrollos de china en materia militar no convencional.

El estudio ha tomado un enfoque exploratorio – descriptivo sobre la temática debido a la ausencia de estudios sistemáticos sobre el tema. Aunque podemos encontrar información dispersa sobre los nuevos desarrollos militares de los Estados Unidos y la República Popular China, especialmente por parte de gobiernos, organismos militares y medios masivos de comunicación, la

sistematización de toda esta información es poco común. Asimismo, la inclusión de los conceptos de Guerra Asimétrica y Desarrollos no Convencionales se presentan como un aporte novedoso para el análisis de esta información, siendo esta la principal contribución del presente trabajo al campo académico.

Se ha escogido una estrategia metodológica de tipo cualitativa de estudio de caso a través del rastreo de procesos bajo la premisa de buscar comprender el proceso por el cual los eventos y las acciones de la República Popular China se han orientado a prepararse para un eventual conflicto de tipo asimétrico, tendiendo a explicaciones de tipo causal (Maxwell, 1996 Bennet y Elman, 2007). Para ello se recabaron los datos necesarios sobre los nuevos desarrollos militares de China y sus relaciones con el arsenal militar de los Estados Unidos. Se buscaron de este modo causas necesarias o suficientes para explicar el fenómeno, permitiendo contrastar la capacidad explicativa de las teorías propuestas.

En cuanto a la estrategia metodológica de recolección y análisis de datos, se ha desarrollado un abordaje de tipo cualitativo de análisis documental de documentos oficiales y estadísticas de los actores bajo análisis, recurriendo a documentos recogidos en archivos oficiales relativas a la política exterior, el gasto militar y la industria militar de China, cuya elaboración y supervivencia puede no haber estado precedida, necesariamente por objetivos de investigación social (Valles, 1997: 109). Como fuentes primarias, también se han analizado discursos y declaraciones de actores políticos, militares y otros altos representantes oficiales de ambos estados. Como fuente secundaria se ha recurrido, especialmente para complementar la información sobre arsenales militares y nuevos desarrollos, ha información provista por diversos organismos internacionales y Organizaciones No Gubernamentales dedicadas a la temática. Se destacan entre

ellas el SIPRI y el IISS, fuentes de referencia internacional sobre la cuestión bajo estudio. También se ha recurrido a libros, publicaciones y revistas especializadas sobre la temática.

La elección del recorte temporal 2012-2016 se fundamenta en dos hechos trascendentales para la relación entre ambas potencias: el lanzamiento de una nueva estrategia de parte de Estados Unidos para Asia Pacífico y la asunción del presidente Xi Jinping en la República Popular China.

El lanzamiento por parte de Estados Unidos de su estrategia a largo plazo hacia China fue establecida en el documento “Sustaining US global leadership: Priorities for 21st century defense” publicado por el Departamento de Estado en 2012. Este documento hace referencia al enfoque de seguridad de Estados Unidos para rebalancear a China en el Asia Pacífico, reflejando la creciente importancia de China para la seguridad estadounidense (Hasler, 2012). La emergencia de China como un superpoder global económico a nivel mundial y como el mayor poder militar en Asia ha tenido un gran impacto en sus relaciones con Estados Unidos y sus vecinos. A partir de las acciones de China en sus fronteras terrestres, en el Mar del Este y el Mar del Sur de China se puede observar que el país está en constante expansión de su rol geopolítico y teniendo un impacto cada vez mayor en la estrategia y desarrollos militares de otros Estados (Colley & Cordesman, 2015). A su vez, es probable que la estrategia de Estados Unidos en Asia Pacífico haya impactado en la visión y estrategia de China del futuro próximo.

Por su parte, la asunción de Xi Jinping en 2012 trajo consigo el objetivo del “Sueño de China de rejuvenecimiento nacional”. Este término se refiere a una aspiración a largo plazo dentro del pensamiento chino de lograr una China poderosa y próspera. La frase se ha utilizado como el eslogan de la ideología política del liderazgo bajo Xi Jinping. El Sueño de China, incluye el compromiso de desarrollar una potencia militar proporcional al estatus de una gran potencia,

aumentando la jerarquía de la temática militar en la agenda del país. Para lograr esto, el ejército de China está llevando a cabo un ambicioso programa de modernización y reforma del ejército chino (US Department of Defence, 2017).

Dada la extensión temporal del problema planteado se ha desarrollado un estudio de tipo longitudinal de tendencias sobre la temática, que indaga sobre los cambios que se producen a lo largo del tiempo dentro de la población general de la unidad de análisis estudiada (Babbie, 1996: 16). El fenómeno de estudio se ubica en el cuadrante IV de la clasificación temporal establecida por Pierson (2004), dado que tanto su horizonte de causas (a través de un proceso acumulativo) como de consecuencias se extienden largamente en el tiempo.

La relevancia de este estudio se desprende de la alta probabilidad del conflicto que apuntan numerosos teóricos, políticos y militares. Teniendo en cuenta que los nuevos sistemas de armas podrían romper el delicado equilibrio que permite la disuasión nuclear, comprender los desarrollos que se están produciendo será vital para generar políticas que sepan manejar de forma adecuada el impactante ascenso de China en el plano militar. Se espera que la presente tesis ayude a dar algunos pasos en ese sentido, a la vez que promover nuevas investigaciones sobre las implicancias de estos desarrollos y, en mayor profundidad, las implicancias de una guerra de tipo asimétrica.

El objetivo final del presente trabajo es acceder al título de Magister en Estudios Internacionales otorgado por la Universidad Torcuato Di Tella.

CAPÍTULO 1 – Pensando en una guerra hegemónica

“El cielo no puede soportar dos soles, ni la tierra dos amos”

Alejandro Magno (Siglo IV A.C.)

Es posible decir, siguiendo la corriente neorrealista, que la mayor parte de las guerras a lo largo de la historia se han originado en la estructura del sistema internacional (Waltz, 1979; Mearsheimer, 2014). Es así que la historia de las relaciones entre los grandes poderes es una historia de persistente rivalidad y guerra recurrente, apenas pausada por ocasionales, y comúnmente breves, períodos de paz (Friedberg, 2011: 38).

Planteándose como un derivado de las corrientes neorrealistas, la teoría de la guerra hegemónica plantea que, siendo las tasas diferenciales de crecimiento las que modifican la distribución de poder en el sistema, cuando el margen entre el orden mundial establecido y la nueva distribución es demasiado amplio y no se efectúan los ajustes necesarios para establecer un nuevo equilibrio, la guerra hegemónica entre las grandes potencias, sin límites en sus medios y objetivos, es el más probable de los desenlaces para resolver estos desequilibrios (Gilpin, 1981). Morrow (1992: 897) desarrolla este punto de forma clara:

“El statu quo internacional no cambia tan rápidamente como las capacidades. Refleja los intereses de un Estado en declive más estrechamente que los de un Estado en ascenso. Ambas partes deben considerar las implicaciones a largo plazo del crecimiento del creciente poder del Estado. El Estado en ascenso debe preguntarse si ahora es el momento de poner a prueba sus crecientes capacidades, y el Estado en declive debe preguntarse si

debe resistirse a un desafío. Cuanto más tiempo esperen, más fuerte será el Estado en ascenso y más dispuesto estará a poner a prueba su fuerza y menos dispuesto estará a resistir el Estado en declive. Si el Estado en ascenso espera, debe continuar sufriendo con el statu quo actual”

El mismo autor plantea que la voluntad de una nación de luchar depende de sus capacidades relativas, de cuál es la alternativa a la guerra y de su voluntad de asumir riesgos. Una mayor capacidad en relación con su oponente aumenta las posibilidades de victoria de una nación y, por lo tanto, su voluntad de luchar (Morrow, 1992: 898).

Como apunta Kennedy (1987) en una obra ya clásica de la disciplina, las fuerzas relativas de los Estados nunca permanecen constantes. Esto se debe al diferencial de las tasas de crecimiento económico y a los avances científicos, tecnológicos y organizativos que proporcionan mayores ventajas a unos que a otros. La habilidad de las naciones modernas para mantener y ejercer el poder y la hegemonía global depende en última instancia en su capacidad productiva y su crecimiento relativo. Son las tasas diferenciales de crecimiento las que impulsan el ascenso y la caída de las grandes potencias.

En mayor profundidad, la industrialización, el crecimiento demográfico y el aumento de la capacidad del estado para extraer recursos de su población son los principales factores que conducen al aumento de las capacidades de un estado (Organski, 1968). Por el contrario, la carga financiera de sus compromisos en el extranjero y un excesivo establecimiento militar difícil de controlar (Gilpin, 1981; Kennedy, 1987), la necesidad de pagar sustanciales deudas de guerras anteriores o en curso y la incapacidad de dominar nuevos sectores económicos principales (Thompson, 1988: 112) detienen el crecimiento de las capacidades estatales. Según Wallerstein

(2003: 26), como si fuera un patrón histórico en las luchas hegemónicas, el poder establecido suele invertir de forma desmesurada en su facción militar, mientras que el que está en segundo lugar tiende a invertir en su economía y la actualización tecnológica. Tarde o temprano, esta inversión tiene sus frutos y la desmesura de la potencia establecida sus consecuencias. Basta hoy con observar las últimas noticias e indicadores internacionales sobre estas temáticas para advertir que se está desarrollando un nuevo cambio hegemónico en el sistema internacional en línea con este patrón ².

En el caso bajo análisis en este trabajo, el ascenso absoluto y en términos relativos de China genera en los Estados Unidos preocupaciones y una alerta creciente, más allá de lo que los líderes chinos declaren o de cómo se comporten. La falta de certeza sobre las intenciones de los otros Estados lleva a una falta de confianza, inherente al sistema internacional, pero que se profundiza cuando discutimos sobre grandes potencias (Baylis, 1999; Mearsheimer 2004; Mearsheimer; 2014). La lectura del panorama internacional entre grandes potencias siempre se ha realizado, hasta ahora, en clave de las capacidades y ganancias relativas, no absolutas. En la anarquía interestatal, la desatención y los errores de cálculo han sido pagados con sangre, imprimiendo desconfianza en las relaciones internacionales (Waltz, 1979). Hay pocos motivos para creer que esto ha cambiado. El miedo, la inseguridad y la voluntad de defender el Statu quo de la potencia establecida juegan un papel fundamental.

Peor aún, según el dilema de seguridad, el aumento de las defensas propias se puede percibir como armas de ataque para otros. “De ahí que un Estado que está acumulando instrumentos de guerra, incluso para su propia defensa, sea considerado por otros como una amenaza que requiere respuesta. La respuesta en sí misma sirve entonces para confirmar la

² Ver Introducción

creencia del primer Estado de que tenía motivos para preocuparse” (Waltz, 1988: 619). En palabras de John Herz, quien acuñó el término, el dilema de la seguridad “es una noción estructural en el que los intentos de autoprotección de los estados para cuidar de sus necesidades de seguridad tienden, a dar lugar, independientemente de su intención, a la creciente inseguridad para los demás, ya que cada uno interpreta sus propias medidas como defensivas y las medidas de los demás como una amenaza potencial” (Herz, 1950). Superar estas percepciones implica desarrollar medidas de fomento de la confianza y mucha comunicación, pero la percepción de amenaza nunca llega a ser nula.

Esta incertidumbre genera reacciones o formas de comportamientos de los Estados y entre ellos. Los recientes desarrollos en estrategia, organización y estructura de las fuerzas armadas chinas y el gasto en nuevos desarrollos han causado un impacto en las percepciones de los Estados Unidos. La estrategia de Defensa de la República Popular China en el periodo seleccionado ha sido caracterizada como una “transformación militar defensiva por naturaleza” (tal como la han descrito diversos voceros oficiales chinos), pero desde el punto de vista de los Estados Unidos, podría decirse que en la práctica hay poca diferencia entre la modernización de capacidades defensivas y la modernización ofensiva (Mearsheimer, 2014: 382).

Al igual que otras potencias militares modernas, China está transformando la estrategia esbozada en sus documentos estratégicos en decisiones de adquisición y estructura que moldearán sus fuerzas durante los próximos años. Frente a esto, cabe recordar que históricamente, reconociendo la amenaza creciente a su posición, los poderes dominantes han intentado ocasionalmente tratar de atacar y destruir al Estado en ascenso antes de que pueda crecer lo suficiente para transformarse en una amenaza (Friedberg, 2011: 40). Ambos países están encerrados en un patrón de modernización militar interactivo donde cada parte toma a la otra como

su principal amenaza a su seguridad y desarrolla respuestas a esto en la teoría y la retórica (y en la práctica) (Twomey, 2014: 159).

En este sentido, es importante destacar que la posibilidad de confrontaciones aumenta cuando las capacidades militares de un estado insatisfecho se acercan a las capacidades militares del hegemon (Organsky, 1968). Así, como plantea Battaleme (2009: 30), “El incremento de las capacidades militares de los actores centrales, como así también de aquellos que desean constituirse como actores relevantes regionales, modificará las percepciones sobre los motivos e intenciones de quienes pueden influir en el sistema internacional, restableciéndose el tradicional juego de equilibrio de poder / balance de amenaza”.

Según la teoría, en épocas de transición hegemónica, los poderes en ascenso (entendiblemente) sienten un creciente sentimiento de orgullo y derechos adquiridos y demandan mayor influencia y respeto. Los poderes establecidos, al enfrentarse a nuevos competidores que se acercan cada vez más a igualar sus capacidades, tienden a tornarse temerosos, inseguros y defensivos. En ese clima, los malos entendidos se magnifican, la empatía se vuelve ilusiva y los eventos y las acciones que en otros contextos serían inconsecuentes o manejables, pueden desencadenar guerras que los actores nunca hubieran querido luchar (Allison, 2017). Las guerras que en estos términos se producen, guerras hegemónicas, se pueden distinguir según la teoría en términos de su escala, los objetivos que se buscan y los medios empleados para conseguirlos. Los puntos fundamentales a decidirse son el liderazgo y la estructura del sistema internacional. Son guerras políticas, económicas e ideológicas, todo al mismo tiempo, en las que los medios utilizados suelen ser ilimitados (Gilpin, 1988).

Una guerra hegemónica implica el cambio de la estructura del sistema internacional y de la disposición de los poderes que se encuentran en ella. Es decir, la guerra hegemónica se caracteriza porque el desenlace de esta puede acelerar, detener o modificar el rumbo de un cambio en la distribución de poder del sistema internacional y la disposición de los poderes que se encuentran en esta estructura (Gilpin, 1981; Levy, 1985).

Al margen de los mecanismos generales que plantea la teoría desde un nivel sistémico, al aplicarse al caso bajo estudio en este trabajo, la teoría de la guerra hegemónica planteada en clave histórica también da motivos para preocuparse. Tucídides nos relata cómo algunos de los factores que llevaron al conflicto más grande de la historia antigua están relacionados con el crecimiento poblacional desproporcionado, que llevó a la búsqueda de recursos en el exterior y la emigración masiva, el fuerte crecimiento comercial marítimo de la potencia en ascenso, el catch up tecnológico, el auge del poder financiero y la marcada diferencia entre los regímenes domésticos de las potencias (Gilpin, 1988: 612 - 615). Cualquier parecido con la actualidad no debería ser tomado como mera coincidencia.

Esta tesis propone, en línea con Friedberg (2011: 1), que “a pesar de lo que muchos analistas destacan, la emergente rivalidad sino americana no es el resultado de malas interpretaciones o de errores de política corregibles; es llevada adelante por fuerzas que están profundamente arraigadas en la estructura del propio sistema internacional y en los diferentes regímenes políticos de ambos poderes del pacífico”. En el caso de los Estados Unidos y China los riesgos tucididianos se maximizan por la incompatibilidad civilacional entre ambos países, que exagera su competencia y hace más difícil lograr acercamientos. Este desencuentro entre China y los Estados Unidos se observa de forma fácil en sus concepciones sobre el estado, la economía, el rol del individuo, las relaciones entre naciones y la naturaleza del tiempo (Allison, 2017).

Que China se haya unido e integrado a la economía internacional no significa que no tenga intenciones revisionistas. Pekín no solamente se convirtió en una potencia económica, sino que en los últimos años ha utilizado el poder económico para adquirir capacidades militares que le dan la posibilidad de competir con Estados Unidos por la hegemonía regional y defender sus ambiciones e intereses (Layne, 2011). Además, el actual orden mundial ha sido creado principalmente sin la participación china, por lo que a veces se siente menos restringida por estas reglas que otros actores del sistema. Más aún, no se ve a sí misma como un poder en ascenso, sino como un poder en retorno, predominante en su región durante 2000 años hasta que fue desplazada por colonizadores que tomaron ventaja de los problemas internos de China. Desde este punto de vista, una China fuerte, ejerciendo influencia económica, cultural, política y militar no es un desafío antinatural al orden mundial, sino más bien un retorno a la normalidad (Kissinger, 2012). Todo esto lleva a que, como apunta Mearsheimer (2004: 1), “si China continúa su impresionante crecimiento económico durante las próximas décadas, es probable que Estados Unidos y China se enfrenten a una intensa competencia por la seguridad con un potencial considerable para la guerra”.

Más allá de las noticias cotidianas, de las preocupaciones momentáneas en el resto del mundo, de las declaraciones en una u otra reunión o de los acuerdos transitorios, en las bases del sistema internacional podemos observar un conflicto estructural entre Estados Unidos y China. Muchos teóricos esperan que China balancee al hegemón, aunque aún esta no se haya comprometido vigorosamente en generar una política de equilibrio destinada a afectar el poder hegemónico estadounidense, sino que más bien se ha enfocado en la defensa de su espacio regional y sus intereses vitales, principalmente asociados al comercio, al mantenimiento de la unidad nacional y a la supervivencia y legitimidad del partido. Explicaciones de esto podrían ser la

ausencia de aliados fuertes, inadecuadas capacidades y los inmensurables costos que tendría una confrontación contra Estados Unidos (Deng, 2001).

Sin embargo, las partes en cuestión parecen no fiarse demasiado de esta estabilidad momentánea y han planteado estrategias políticas y militares pensando en hipotéticos conflictos. Aún en el siglo XXI la idea de que la guerra es la continuación de la política por otros medios parece no haber encontrado un concepto superador, inclusive en estas épocas de ciberguerra (Battaleme, 2016). La teoría de la Guerra Hegemónica aplicada al caso plantea que China tratará de usar su creciente influencia para rehacer las reglas y las instituciones del sistema internacional para que estas sirvan mejor a sus intereses, y otros Estados del sistema, especialmente el hegemón declinante, comenzarán a ver a China como una creciente amenaza a su seguridad. El resultado de estos desarrollos serán la tensión, la desconfianza y el conflicto, elementos típicos de la transición de poder (Gilpin, 1988).

Comprendido esto, es importante destacar que es posible hoy día pensar en una guerra limitada con consecuencias devastadoras, que no necesariamente escalaría en una guerra nuclear total. Tal escenario se está configurando en la actualidad como resultado de las tecnologías disruptivas que se incorporan en los arsenales de ambos países. Estas permitirían suponer una potencial conducta ofensiva, alterando el balance estratégico que primó durante la Guerra Fría y en la posterior unipolaridad (Battaleme, 2016).

Las nuevas tecnologías en el campo de batalla podrían estar quebrando el período de estabilidad nuclear inaugurado durante la Guerra Fría. Esta tesis propone, en línea con Battaleme (2017), que las nuevas tecnologías disruptivas podrían abrir el camino a nuevas guerras de alta intensidad pero no ilimitadas. Los desarrollos militares no nucleares vuelven a ser los actores

principales y, entre estos, los desarrollos no convencionales se destacan. Autores de la talla de Gilpin han resaltado que el cambio que trajeron las armas nucleares en la naturaleza de la guerra, aún tan importante como ha sido, no implica necesariamente un cambio en las relaciones internacionales. Estas se siguen rigiendo bajo un sistema de auto ayuda, donde la desconfianza, la incertidumbre y la inseguridad han causado que los Estados se armen a sí mismos y se preparen para una guerra como nunca antes, tal vez haciéndola con esto mucho más probable (Gilpin, 1988: 612).

Se advierte entonces que la propia estructura del sistema internacional bajo estudio, un sistema en plena transición de poder entre dos actores cuyas cosmovisiones chocan de forma directa, plantea incentivos que podrían apuntar al desarrollo de una nueva guerra hegemónica, repitiendo el patrón histórico de las relaciones entre los grandes poderes. Sin embargo, como se verá en el capítulo 3, la característica diferencial del sistema actual es la aún persistente brecha de capacidades, principalmente militares, entre ambos actores, tal vez la más grande de la historia entre los grandes poderes. Frente a esto, de plantearse una guerra entre estos, la misma no tendrá las características de una guerra simétrica clásica, sino que se desarrollará bajo una lógica totalmente distinta. Siguiendo esta línea, el siguiente capítulo desarrolla en extenso el concepto de Guerra Asimétrica.

CAPÍTULO 2 – El concepto de Guerra Asimétrica

"Sin preparación, la superioridad de fuerzas no es superioridad real ni puede haber tampoco iniciativa. Sabiendo esta verdad, una fuerza inferior pero bien preparada, a menudo puede derrotar a una fuerza enemiga superior mediante ataques por sorpresa"

Mao Zedong (1938)

Desde el fin de la guerra fría los conflictos tradicionales pierden relevancia frente a la aparición de nuevas amenazas (Haas, 2008; Schweller, 2011). De las guerras que se libraron después de 1945 en todo el mundo, sólo una tercera parte fueron guerras internacionales en el sentido convencional (desarrollo simétrico del conflicto) (Battaleme, 2005). Se puede observar así que han surgido nuevas tendencias que caracterizan los conflictos modernos, destacándose la disminución de la probabilidad del desarrollo de guerras simétricas clásicas (Herrera, 2013).

El concepto de Guerra asimétrica ha tenido diferentes interpretaciones a lo largo de la historia. En 1995 la armada de Estados Unidos comenzó a utilizar la noción de asimetría, descrita como batallas entre fuerzas disimiles. Hace 20 años, el Secretario de Defensa de Estados Unidos, William Cohen, hizo referencia a “medios asimétricos” (misiles balísticos, armas de destrucción masiva, terrorismo y “guerra de la información”) que un adversario podría utilizar para eludir o socavar las fuerzas estadounidenses mientras que sus explota las vulnerabilidades.

Esta forma de guerra no es nueva en sí misma; por ejemplo, las primeras notas al respecto ya se encuentran en el Antiguo Testamento, dentro de la descripción de la revuelta de los Macabeos o cuando David compitió con Goliat. Los ejemplos más actuales son la guerra de Vietnam o la guerra de los Muyahidines contra las tropas soviéticas en Afganistán. Los ensayos de Mao Tse Tung son parte de la "literatura clásica" de la guerra asimétrica (Battaleme, 2005).

Son muchos los teóricos que han intentado dar una noción de guerra asimétrica, siendo un concepto controvertido. Sin embargo, todos ellos coinciden en que la guerra asimétrica es un conflicto donde participan dos o más actores donde las fuerzas son ampliamente dispares cualitativamente y/o cuantitativamente. Esto provoca la utilización de tácticas e instrumentos de guerra no convencionales ante la presencia de una potencia abrumadoramente superior en capacidades (Thornton, 2007; Bennett, 1998; Arreguin-Toft, 2001; Mack, 1975).

En esencia, una guerra asimétrica se da cuando un actor débil se enfrenta contra un actor fuerte en el plano internacional. Abarca tanto los grupos armados como los gobiernos que se enfrentan a un estado mucho más fuerte (Thornton, 2007). A diferencia de los actores que se enfrentaban en los conflictos convencionales, en donde la principal característica era la condición de estatalidad, en los escenarios de guerra asimétrica los agentes no estatales también adquieren protagonismo. Sin embargo, mientras que gran parte de la bibliografía académica profundiza sobre las estrategias de actores no estatales en casos de asimetría con alguna potencia estatal (principalmente atendiendo a la lucha contra el crimen organizado, el narcotráfico y los grupos subversivos), se indagará en el presente trabajo una faceta tal vez menos conocida de los conflictos asimétricos, haciendo referencia a aquellos que se dan entre dos actores estatales. En este sentido, entenderemos de manera general que un escenario de guerra asimétrica se configura a partir de la participación de un actor fuerte (estatal o no estatal), que se caracteriza por una capacidad física

relevante en términos de posesión de material bélico y del número de soldados a disposición del conflicto, y por un actor mucho más débil, quien busca negar esas capacidades por medios del empleo de métodos impredecibles, cuyo objetivo es generar un alto impacto derivado de la sorpresa (Herrera, 2013: 36).

Las características esenciales de las estrategias asimétricas son el ataque de las vulnerabilidades no apreciadas por el adversario y el aprovechamiento de la preparación limitada contra la amenaza, utilizando conceptos operacionales, doctrinas, tácticas y armas diferentes de las utilizadas en los enfrentamientos convencionales simétricos (Sullivan, 2007; Bennett, 1998; Herrera, 2013).

Metz y Johnson (2001: 6-7) Definen a la asimetría estratégica de la siguiente manera:

“en el ámbito de los asuntos militares y la seguridad nacional, la estrategia asimétrica es actuar, organizar y pensar de manera diferente a los opositores para maximizar las propias ventajas, explotar las debilidades de un oponente, o ganar mayor libertad de acción. Puede ser político-estratégico, militar-estratégico, operacional, o una combinación de estos. Puede implicar diferentes métodos, tecnologías, valores, organizaciones, perspectivas de tiempo, o alguna combinación de estos. Puede ser positiva, por ejemplo buscar la capacitación superior, el liderazgo y la tecnología, buscando obtener una superioridad. Pero también puede ser negativa, es decir, utilizar las debilidades del oponente. Puede ser a corto o a largo plazo. Puede ser deliberada o por defecto. Puede ser discreta o perseguida en conjunción con enfoques simétricos. Puede tener dimensiones psicológicas y/o físicas. Puede ser de bajo o alto riesgo. Puede ser discreta o integrada con otras técnicas simétricas”.

En verdad, siendo la asimetría de fuerzas una característica común en los conflictos, la utilización de estrategias para atender estas disparidades no es algo nuevo, sino que se remontan a la antigüedad. Ya el famoso texto antiguo chino "El Arte de la Guerra" de Sun Tzu planteaba: *"Hay que atacar donde el enemigo no está preparado; Emplea tus fuerzas más contundentes contra lo que sea más vulnerable"* (Tzu, 2002: 28)

Sin embargo, aunque las estrategias asimétricas se hayan desarrollado a lo largo de toda la historia, se podría decir que, en general, anteriormente era posible predecir la victoria o derrota de un actor por la cantidad de medios que poseía. Hoy día, por el contrario, resulta bastante difícil, si no imposible, determinar la conclusión de un conflicto bélico, ya que los términos cuantitativos sobre los que se estructuraban las estrategias antigua y moderna fueron dejados de lado y reemplazados por factores cualitativos, propios del pensamiento post-moderno.

La potencialidad de las amenazas asimétricas se fundamenta en el hecho que las fuerzas militares y las doctrinas de las grandes potencias están enfocadas hacia la guerra de alta intensidad contra adversarios pares en sus capacidades, pero a menudo los conflictos caracterizados por grandes asimetrías de poder a menudo juegan de manera muy diferente de los que las potencias dominantes esperan (Thorton, 2007). Llevar una estrategia de altas capacidades como la de Estados Unidos es demasiado costosa, lo que provoca que los adversarios sean más propensos a atacar vulnerabilidades de este a través de medios asimétricos. Siguiendo la lógica planteada por Sun Tzu, podría decirse que las estrategias asimétricas que planteará la República Popular China, un actor en claro ascenso en términos militares, pero aún con una fuerte asimetría respecto de los Estados Unidos, se centrarán en las vulnerabilidades de éste en vez de atacar sus puntos fuertes en caso de un eventual confrontamiento.

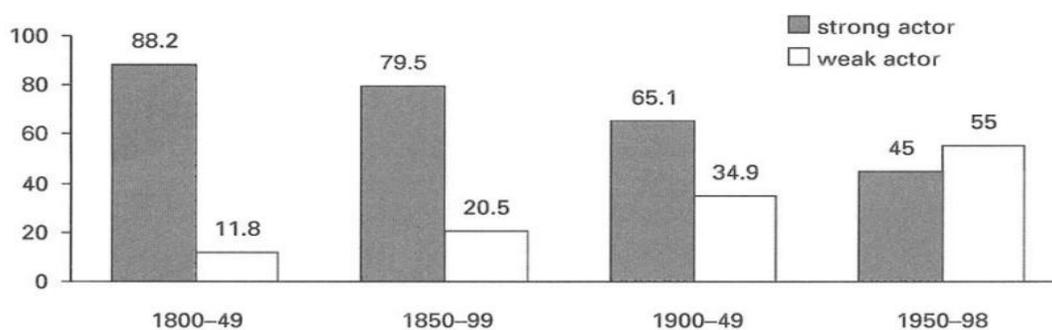
Tal es el caso, por ejemplo, de la extensión temporal de la confrontación. La máxima de las nuevas guerras para Occidente es que las operaciones militares deberán ser cortas y mediáticamente controladas para sostener el apoyo público, porque en una democracia no se puede justificar una guerra prolongada, tanto en términos económicos como humanos (Battaleme, 2002: 24). En oposición a esto, una concepción asimétrica de la guerra frente a una superpotencia militar como Estados Unidos apuntará a largas guerras de desgaste, sabiendo que ese es su punto débil.

Según Metz y Jhonson (2001: 5) la asimetría implica “*actuar, organizar y pensar de manera diferente a los opositores para maximizar las propias ventajas, explotar las debilidades de un oponente, lograr la iniciativa u obtener mayor libertad de acción*”. Las estrategias asimétricas aprovechan la preparación limitada para atacar las vulnerabilidades del objetivo. Según los autores, esta asimetría puede implicar múltiples facetas:

- Asimetría de método: Implica utilizar diferentes conceptos operativos o doctrinas tácticas de las utilizadas por el enemigo.
- Asimetría de tecnología: Puede habilitar mayor poder de fuego o defensas más eficientes.
- Asimetría de voluntad: Cuando un antagonista ve en juego su supervivencia o interés vital y la otra parte tiene intereses menos vitales.
- Asimetría moral o asimetría normativas: Cuando un conflicto implica antagonistas con diferentes estándares éticos o legales.
- Asimetría de organización: Cuando innovaciones en organización (ej. Nuevos tipos de formaciones militares) pueden otorgar ventajas incluso sin poseer las últimas tecnologías
- Asimetría de la paciencia o perspectiva temporal: Cuando un antagonista entra en la guerra dispuesto a que continúe durante un largo periodo de tiempo mientras que su oponente solo es capaz de sostener su voluntad para una guerra corta.

Teniendo en cuenta todo esto, queda preguntarse, ¿puede el actor débil triunfar frente a uno más fuerte? Si el poder material implica la victoria en la guerra, entonces los actores débiles nunca deberían ganar las guerras contra oponentes poderosos, especialmente cuando la brecha de poder relativo es muy amplia. Desde Tucídides, la base principal de la teoría de relaciones internacionales fue que el poder implica la victoria en la guerra. Pero la historia sugiere lo contrario: los actores débiles a veces ganan las guerras. Como señala Arruguin-Toft (2001), en los últimos doscientos años este tipo de enfrentamiento tuvo como vencedor al Estado más fuerte en un 70,8 % de los casos. Además, lo que vale destacar es el cada vez mayor número de victorias por parte del estado débil, que en el periodo 1800-1849 representaba solo el 11,8 % y para el periodo de 1950-1998 el 55% de los casos.

Gráfico 2: Porcentaje de victorias en conflictos asimétricos por tipo de actor en períodos de 50 años



Referencias: ■ Actor fuerte □ Actor débil

Fuente: Arruguín-Toft, 2001:97

Para explicar el porqué de este fenómeno, Arruguín-Toft (2001) nos presenta cuatro tipos ideales de estrategia, dos directas y dos indirectas. El autor concluye que si las estrategias de



ambos actores tienen el mismo enfoque (directa/directa o indirecta/indirecta) se hará notar la asimetría conllevando la victoria del actor más fuerte. En caso contrario, el enfoque opuesto en la estrategia (directa/indirecta o indirecta/directa) desviara la superioridad que establece la asimetría llevando a la victoria del más débil. En coincidencia, Mao también planteaba que cuando los débiles luchan contra los fuertes, la interacción de algunas estrategias favorecería a los débiles, mientras que otras a los fuertes. Podemos razonar entonces que la constante y costosa búsqueda de Estados Unidos por la superioridad de sus capacidades en términos convencionales y la reconversión hacia una guerra centrada en redes que se ha dado como parte de la nueva revolución en los asuntos militares desde la década de 1990 incentiva a que otros Estados que podrían encontrarse en confrontación con este, como lo es China, opten por estrategias de tipo asimétricas indirectas (Bennet et al, 1999; Sieg, 2014: 340).

Por su parte, Sullivan (2007) demuestra que las principales potencias no han logrado alcanzar su objetivo primario político en el 39 por ciento de las intervenciones militares que han iniciado desde la Segunda Guerra Mundial. No obstante, esto no quiere decir que los estados fuertes sean derrotados por los débiles, sino que en la mayor parte de los casos los primeros deciden terminar sus operaciones militares sin alcanzar sus objetivos políticos cuando el costo de la victoria excede el precio que están dispuestos a pagar para asegurar esos objetivos. Los estados débiles son más propensos a tolerar costos que los militarmente fuertes en las guerras asimétricas. Cuando los estados poderosos subestiman los costos de una campaña para lograr objetivos políticos corren el riesgo de ser empujados más allá de su umbral de tolerancia y obligados a retirar sus fuerzas antes de alcanzar sus objetivos de guerra.

Como caso paradigmático, Wallerstein (2003: 24) destaca que debido a una diversidad de cuestiones, principalmente falta de objetivos estratégicos claros y a limitaciones políticas internas,

Estados Unidos ha empatado o perdido todos los conflictos asimétricos importantes en los que ha participado desde la segunda mitad del Siglo XX. De los 5 conflictos importantes que el hegemon luchó desde el fin de la Segunda Guerra Mundial (Vietnam, Corea, Guerra del Golfo 1 y 2 y Siria), todos frente a actores claramente inferiores en términos militares, ninguno culminó con una “victoria gloriosa”. Las debilidades que en el pasado hicieron vulnerables a las fuerzas regulares frente a las estrategias guerrilleras se han reducido en gran medida. Pero hoy, la guerra asimétrica se ha convertido ya en una amenaza global liberada de las restricciones geográficas del pasado (Sieg, 2014: 339)

Frente a esto, como apunta Paul (1994), cuando se dan ciertas condiciones, el inicio de la guerra puede convertirse en una estrategia racional para el Estado más débil, incluso cuando sus líderes son plenamente conscientes de la superioridad militar y económica de su oponente. Cuando esto ocurre, las estrategias de disuasión de las potencias del statu quo, que se basan en la preponderancia de la capacidad general, no pueden disuadir al Estado más débil de atacar.

Por su parte, Edwards (2007) plantea que la ignorancia sobre las verdaderas capacidades de los actores débiles por parte de los actores fuertes puede ser causa fundamental de su derrota en guerras asimétricas. A esta se suman otros factores como la sobreestimación de su propia capacidad de éxito, limitaciones institucionales, mal aprendizaje del contexto de los Estados o la insuficiencia de las organizaciones militares para hacer frente a nuevos desafíos de seguridad. Lo importante aquí es destacar que la ignorancia de las capacidades rivales y una evaluación sobrevalorada de las capacidades propias por parte del actor más fuerte pueden ser factores que lleven directo a la derrota en el caso de una confrontación de tipo asimétrica.

A su vez, el aumento de las victorias de parte de los débiles se debe a una transformación de los factores culturales, doctrinales e incluso mediáticos en las guerras (Herrera, 2013). Es importante destacar por tanto que muchos autores chinos no comparten las reglas del conflicto desde el punto de vista occidental. Qiao Liang y Wang Xianghui (1999) creen por ejemplo que China se debe sentir libre de pelear las guerras de las maneras que mejor considere: militarmente (con medios convencionales o armamento de destrucción masiva), meta militarmente (diplomacia, guerra psicológica, tecnológica, inteligencia, contrabando) y extra militarmente (guerra financiera, comercial, de la información, legal y ideológica). En un famoso libro de 1999, los autores proponían que para hacer frente a un gigante militar como los Estados Unidos, la primera regla debe ser que no hay reglas, que nada está prohibido. Bajo este punto de vista, la guerra se desborda fuera del campo de batalla y los métodos empleados se multiplican a todos los ámbitos de las naciones y la tecnología.

Ya a comienzos del milenio Christensen (2001) planteaba que con ciertos equipos nuevos y estrategias China podía plantear problemas importantes para los intereses de seguridad estadounidenses en la región del Asia Pacífico, incluso sin la pretensión de alcanzar el potencial norteamericano en tecnología militar a nivel global. Este famoso autor experto en los desarrollos militares asiáticos planteó ya hace casi 20 años que aunque Beijing desee desarrollar capacidades que puedan igualar o derrotar el poder militar estadounidense, la estrategia de China para el futuro cercano y medio es más realista: desarrollar capacidades para dominar a la mayoría de los actores regionales, convertirse en un competidor regional de las otras grandes potencias de la región y desarrollar capacidades útiles para castigar a las fuerzas norteamericanas si estas intervinieran en un conflicto de gran interés para China (Christensen, 2001: 9)

Incluso expertos militares chinos de alto rango han expresado de forma explícita miradas en consonancia con este argumento. Según el Teniente General de Brigada Wang Houging y el General de División Zhang Xingye (Houging y Xingye, 2000: 28):

"Nuestro armamento ha mejorado enormemente en comparación con el pasado, pero en comparación con los ejércitos de los países avanzados, todavía habrá una gran brecha no sólo ahora sino durante mucho tiempo en el futuro. Por lo tanto, no sólo debemos acelerar el desarrollo de armas avanzadas, reduciendo así la brecha en la mayor medida posible, sino que también debemos utilizar nuestras armas actuales para derrotar a los enemigos... Debemos explorar el arte de lo inferior derrotando a lo superior bajo condiciones de alta tecnología."

En consonancia directa con esto, el libro blanco de la estrategia militar de China (STPRC, 2015), plantea:

*"En respuesta a las amenazas a la seguridad desde diferentes direcciones y en línea con sus capacidades actuales, las fuerzas armadas se adherirán a los principios de flexibilidad, movilidad y autodependencia para que **"ustedes luchan a su manera y yo a la mía"**. Se emplearán fuerzas de combate integradas para prevalecer en las operaciones sistema contra sistema, con dominio de la información, ataques de precisión y operaciones conjuntas"* (Negritas propias).

La hipótesis de confrontaciones no convencionales y la necesidad de teorías y prácticas innovadoras que hagan frente a este nuevo escenario se desarrollan también en otra sección del mismo documento, cuando se propone:

*“Bajo la dirección de las teorías innovadoras del Partido Comunista Chino, las fuerzas armadas de China intensificarán sus estudios de las operaciones militares, **investigarán los mecanismos para ganar las guerras modernas, innovarán en estrategias y tácticas que ofrezcan movilidad y flexibilidad, y desarrollarán teorías sobre la construcción militar en la nueva situación, a fin de establecer un sistema de teorías militares avanzadas acorde con el requisito de ganar guerras futuras**” (Negritas propias).*

En este sentido es importante resaltar que según múltiples analistas militares, para los estrategas chinos la guerra es principalmente psicológica y política. En el pensamiento chino, la percepción de un oponente sobre los hechos en el campo de batalla pueden ser tan importantes como los hechos mismos. Además se debe resaltar que tradicionalmente los chinos han buscado la victoria no a través de una batalla decisiva, sino mediante movimientos incrementales diseñados para mejorar gradualmente su posición. David Lai, experto en asuntos militares asiáticos, comparó los pensamientos militares de Occidente y Oriente con los juegos del Ajedrez y el Go, tradicional juego de mesa chino. Según este autor, en la tradición occidental hay un énfasis muy fuerte en el uso de la fuerza, el arte de la guerra está principalmente limitado a los campos de batalla; y la forma de luchar es enfrentar fuerza contra fuerza. En contraste, la filosofía detrás del Go es competir por las ganancias relativas antes que buscar una aniquilación completa de las fuerzas oponentes. Además, si un jugador experto de ajedrez piensa 5 o 6 movimientos por delante, el jugador de Go debe anticipar 20 movimientos. En un sabio consejo, Lai advierte: “Es peligroso jugar al Go con la mente de un ajedrecista” (Lai, 2004: 28).

Los norteamericanos ven el conflicto únicamente a través de los lentes de los medios militares, no a través de una imagen estratégica más amplia motivada por pensadores chinos como Sun Tzu, que enfatiza la inteligencia, la economía y la ley. En China, Estados Unidos encontrará

un adversario que ha utilizado los conflictos prolongados como estrategia y que ha enfatizado la doctrina de desgastar psicológicamente a sus oponentes, un oponente que hace tiempo estudia cómo afectar la psicología de un Estados Unidos militarmente superior y sus aliados regionales, proponiendo potencialmente costosos desafíos militares a las fuerzas norteamericanas desplegadas cerca de China (Kissinger, 2012; Christensen, 2015: 99).

Sieg (2014: 339) desarrolla un análisis interesante al respecto, en línea con la hipótesis planteada en este trabajo. Según este autor, mientras que durante siglos la evolución de la potencia de fuego favoreció el poder de los fuertes sobre los débiles, en la actualidad el crecimiento de las fuerzas destructivas que ofrece la evolución de la potencia de fuego ha conducido a una eficacia cada vez más desproporcionada de los actores débiles frente a los fuertes. Además, cuanto más fuerte es un actor, más dependiente se torna de las infraestructuras políticas económicas y militares que pueden ser atacadas, pero no defendidas, por medios asimétricos. En este sentido, la vulnerabilidad a los ataques no convencionales de tipo asimétrico es una consecuencia directa y difícilmente superable del crecimiento militar y tecnológico de una potencia. Es así que mientras que los escenarios de conflicto en la actualidad son cada vez más asimétricos, esto no necesariamente implica una desventaja para el bando más débil. Los nuevos desarrollos tecnológicos militares han generado una creciente ambivalencia de la fuerza militar entre las ventajas asimétricas de los fuertes en las guerras convencionales y las ventajas asimétricas de los débiles en la guerra no convencional.

En conclusión, una de las características principales de las estrategias asimétricas implica el ataque de vulnerabilidades no apreciadas por la víctima (Bennett, 1998). Esto implica que, como remarca Boot (2006: 431), “un adversario potencial no necesariamente necesita duplicar la estructura de la fuerza de los Estados Unidos para hacerle frente”. Desde 1945, en un número cada

vez mayor de conflictos, las diferencias asimétricas favorecieron a actores más débiles y también técnicamente menos avanzados. En este sentido, como se ha remarcado, las condiciones que durante el desarrollo de los conflictos simétricos se consideraban indicadores de victoria, en el escenario de la guerra asimétrica ya no tienen validez, dado que no es la capacidad bélica sino la forma de organización y empleo de esta lo que probablemente genere un impacto en el resultado de la confrontación (Arreguin, 2001; Herrera, 2013).

Atendiendo a esto, y habiendo cumplido el objetivo específico de aplicar el concepto de Guerra Asimétrica a la posible confrontación hegemónica entre dos grandes poderes estatales, se desarrolla a continuación una comparación de las capacidades militares convencionales de estos actores, los principales del sistema internacional actual, para luego profundizar sobre los nuevos desarrollos de China en materia no convencional, aquellos que le podrían permitir superar la brecha de capacidades convencionales existente.

CAPÍTULO 3 – Posición relativa de las grandes potencias en el campo militar

“En el anárquico mundo de la política internacional, es mejor ser Godzilla que ser Bambi”

John Mearsheimer (2004: 4)

Una vez profundizado el concepto de Guerra Asimétrica, y habiendo ya planteado algunos de los factores históricos y sistémicos que indicarían la proclividad de un enfrentamiento entre los Estados Unidos y China, deberemos ahora analizar las capacidades militares de ambos actores para inferir si efectivamente se tratan de actores con capacidades ampliamente asimétricas, al menos en el plano convencional. De ser así, y en caso de que los estrategas políticos y militares de China hayan dado cuenta de esto, es posible inferir que deseen revertir esta asimetría ante la posible eventualidad de un enfrentamiento directo (y que tengan voluntad de retrasar el mismo hasta tanto sus capacidades se acerquen lo más posible a las del hegemón internacional).

Se ha decidido tomar como base comparativa principalmente las estadísticas y datos del año 2015/2016, publicándose en el 2017 la mayor cantidad de informes al respecto de las capacidades convencionales de ambos actores. Una información completa y detallada sobre todos los datos del año 2017 aún no está disponible o es de difícil acceso, aunque será utilizada en caso de encontrarse disponible. Del análisis realizado puede concluirse que en prácticamente todos los ámbitos de comparación, la supremacía norteamericana en términos militares a nivel mundial sigue siendo indiscutida.

En principio, aunque los números exactos varían de acuerdo a la fuente atendida, según datos del Instituto para la promoción de la Paz de Estocolmo (fuente de referencia internacional en la materia) en 2016 Estados Unidos mantuvo un presupuesto de defensa de 611 mil millones de dólares (SIPRI, 2017 B), lo que representa un 3,3% de su PBI y un 36% del total mundial en gastos militares. Su presupuesto en defensa es prácticamente el triple que el de China, que corresponde a un 13% del total mundial. Además, el plan del presupuesto del Presidente Donald Trump para el año 2018 propone un aumento del 10% para el Departamento de Defensa y 6,8% para el Departamento de Seguridad Nacional. Habría que sumar el presupuesto de Defensa de los siguientes 10 Estados (la mayoría aliados de los Estados Unidos) para acercarse al presupuesto norteamericano (IISS, 2015).

Por otra parte, según informes del Departamento de Defensa, Estados Unidos cuenta con bases militares en al menos 46 países (la mayor parte en Europa, África y América Latina) y tropas alrededor de prácticamente todo el mundo (IISS, 2015). Asimismo, los Estados Unidos mantiene asociaciones en materia de seguridad con más de 60 países, mientras que Rusia apenas cuenta con 8 aliados formales y China solo uno (Corea del Norte) (Leeds, 2017). Estas alianzas le han permitido a los Estados Unidos no solo lograr una proyección global de su poder, sino también distribuir los costos de mantener sus compromisos de seguridad a nivel global.

Respecto de la venta de armas, con un aumento del 21% respecto a 2007-2011, Estados Unidos ha mantenido en el lustro 2016 - 2016 su posición de primer exportador mundial, acaparando un 33 % de las ventas de armas, por delante de Rusia, que controló en ese período el 23 % del total. Recién luego se situó China, que gracias a un aumento del 74 % en ventas desde el período anterior asciende a la tercera plaza, aunque apenas representa el 6,2 % del total (SIPRI,

2017 A). Estados Unidos también es el principal prestamista a nivel internacional para asuntos de defensa y el que mayor número de ejercicios militares conjuntos realiza.

Además de que su gasto militar supera con creces al del resto de los países del mundo, la supremacía norteamericana en número de armas nucleares, navíos y aviones en comparación con cualquier otro Estado también es evidente. En el ámbito nuclear, cuenta con un total de 7200 ojivas nucleares, segundo arsenal en número por detrás del de Rusia, aunque primero en términos cualitativos y de modernización, siendo el más avanzado tecnológicamente en materia de guiado, precisión y alcance, entre otros factores. Estados Unidos mantiene 1900 de estas ojivas en estado de despliegue estratégico, listas para ser utilizadas de forma casi inmediata, mantiene las 3 ramas principales del despliegue nuclear, aérea, submarina y de misiles intercontinentales, además de avanzados sistemas de defensa, todas con actualización constante y un importante presupuesto dedicado a actividades de investigación y desarrollo (Rubbi, 2016).

En el ámbito convencional, Estados Unidos mantiene 10 portaaviones operativos en todos los Océanos del mundo, lo que lo convierte en el único país con capacidad operativa mundial. Estos representan más de la mitad de los 18 portaaviones activos en la actualidad. “Nadie siquiera intenta confrontar a la armada de los Estados Unidos en alta mar. Virtualmente, a su lado, cada otra armada en el mundo es poco más que una fuerza de patrulla costera” (Boot, 2006: 421). Cuenta además con un ejército de un millón y medio de activos, sumado a otro millón de militares en reserva. Según la más reconocida fuente internacional sobre arsenales de las fuerzas armadas, posee también casi 3 mil tanques, 4559 mil vehículos tripulados de ataque armados, más de 3000 aviones tácticos de combate, más de 900 helicópteros de ataque, más de 150 bombarderos, casi 700 aviones de transporte de tropas, casi 2800 helicópteros de transporte de tropas y 540 drones de ataque estratégico de última generación, 24 de los puertos más importantes en el mundo, 57

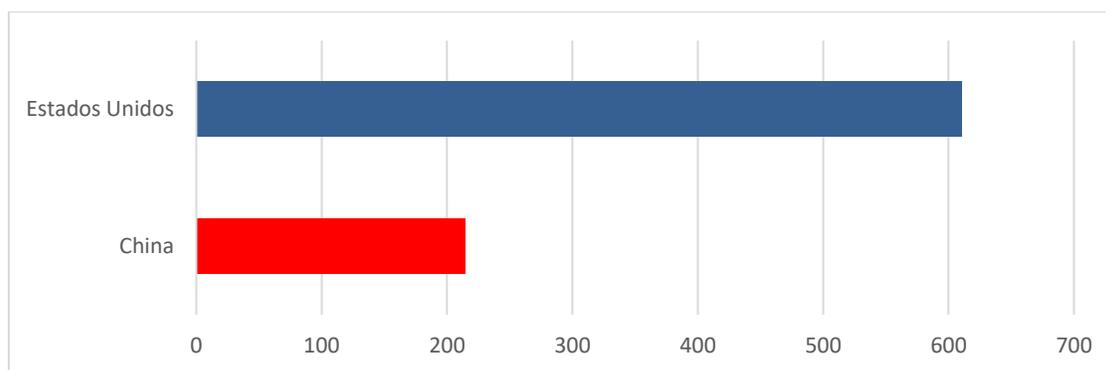
submarinos con capacidad de ataque a tierra -muchos de ellos con propulsión nuclear y varios de ellos con capacidad de ataque nuclear- y más de 120 buques de combate, entre ellos, 60 destructores de última generación (IISS, 2016). Tal como destaca Friedberg (2011: 216), “entre los grandes poderes, solo Estados Unidos tiene hoy la habilidad para llevar su fuerza militar virtualmente a cualquier punto sobre la faz de la tierra”.

En cuanto a China, desde finales del siglo XX la expansión de su capacidad material y su nuevo rol como gran potencia hacen que haya comenzado a ejercer mayor influencia en diferentes regiones del mundo, particularmente en África y Latinoamérica, donde las estructuras productivas son complementarias de la suya (Bolinaga, 2015). Su crecimiento económico ha derivado también en un incremental avance en materia militar, buscando posicionarse como gran potencia a escala internacional.

A medida que la economía de China crece, es probable que sus gastos militares la acompañen. Aunque China gasta en la actualidad cerca del 2% de su PBI en asuntos militares (la mitad del nivel de los Estados Unidos), su PBI está creciendo de forma exponencial. Además, aunque la economía china ha crecido al acelerado paso de cerca del 10% por año desde mediados de 1990, el presupuesto militar ha crecido incluso más rápido (Twomey, 2014: 156). Incluso luego del ajuste por inflación, el gasto militar oficial de China se ha incrementado cerca del 12% por año durante las últimas dos décadas. Además, hay que tener en cuenta que el presupuesto militar oficial de China no incluye varios ítems listados en el presupuesto de defensa americano. La mayor parte de los analistas fuera de China opina que las cifras del presupuesto oficial son incompletas. Análisis no gubernamentales detallados sugieren que el gasto es entre el 40 y el 70% mayor que las cifras oficiales (Twomey, 2014: 153)

Aunque su presupuesto oficial para el año 2015 fue de 191 millones, su gasto militar final en el año fue de 214 millones de dólares, lo que representó un 1,9% de su PBI de más de 11 billones de dólares (Banco Mundial, 2015). En 2016, China consolidó un gasto estimado de 215 mil millones de dólares, que representa un 1,9% de su PBI estimado y un 13% del total mundial, en comparación con el 36% que le corresponde a Estados Unidos. Aunque el gasto de China es el segundo a nivel mundial y representa prácticamente el 50% del gasto total de la región del Asia Pacífico, una de las regiones de mayor tensión militar del mundo en la actualidad, superando con creces la inversión de sus vecinos, faltan décadas de crecimiento sostenido para acercarse a los montos que los Estados Unidos destinan a su equipamiento y sus operaciones militares.

Gráfico 3: Poderío militar de China y EE.UU. – Presupuesto en Defensa 2017/2018



Fuente: SIPRI (2017 B) – (En miles de millones)

En el ámbito nuclear, China se ha mantenido (de forma voluntaria y no por falta de capacidad) muy por debajo de las grandes potencias en este ámbito³. Cuenta con 260 ojivas

³ Entendiendo que las armas nucleares son costosas de producir y mantener y que su uso está limitado por cuestiones estratégicas, tácticas, morales, ecológicas y políticas, para China no es el tamaño del arsenal nuclear lo importante, sino su utilización estratégica. Mantener un arsenal más pequeño en términos relativos frente a Rusia y Estados Unidos le ha permitido ahorrar grandes costos en mantenimiento y modernización al tiempo que el mismo aún cumple el objetivo de disuadir ataques nucleares externos. China también ha declarado una estricta política de no primer uso que mantiene hasta la actualidad (Hanham, 2017).

nucleares, de las cuales ninguna se encuentra desplegada en estado de alerta operativo. Aunque su stock cuantitativo se ha mantenido estable a lo largo de los últimos años, con apenas leves aumentos en número, China mantiene una tríada completa y variada de sistemas de entrega de estas armas, con submarinos, bombarderos y múltiples misiles de distinto alcance, incluyendo algunos intercontinentales (Rubbi, 2016).

En cuanto a sus fuerzas convencionales, puede que China apenas tenga tropas en el extranjero pero su ejército, con 2,3 millones de efectivos (y otros 2 millones y medio como reserva), es el más numeroso del mundo. El país asiático tiene el mayor número de personal militar activo, el segundo parque de tanques (después del de Rusia), y su Marina y sus Fuerzas Aéreas son las terceras a nivel global. Cuenta con casi 2500 aeronaves de todo tipo, más de 6.500 tanques y cerca de 4200 vehículos tripulados de combate armados. A esto se suma el hecho de que la marina de guerra china ya posee más submarinos que la rusa, con casi 60 unidades, aunque apenas cuenta con un solo portaaviones y otros 73 buques entre cruceros, destructores y fragatas (IISS, 2015). La suya es una estrategia naval complementada por satélites y misiles, y centrada en el sigiloso submarino nuclear de ataque clase Song (Escudé, 2011 B: 6). Digno es de señalarse que en 2007 China destruyó uno de sus propios satélites con un misil, demostrando su capacidad para ese tipo de acción bélica y encendiendo algunas luces de alarma. Alguna vez una fuerza tecnológicamente poco sofisticada, enfocada en la defensa territorial frente a la Unión Soviética, el Ejército Nacional de Liberación ha evolucionado hoy en una fuerza moderna enfocada en la contra intervención de los Estados Unidos en la Región del Este de Asia (Nye, 2015: 56).

Sin embargo, a pesar del gran incremento de la capacidad del país asiático en términos militares, es importante también destacar que China apenas representa un 6,2 % del total de las exportaciones mundiales de armas, con destino a solo 44 países, muy por detrás de EEUU (con

exportaciones a más de 100 países) y Rusia (SIPRI, 2017 A). Asimismo, prácticamente no cuenta con aliados militares de importancia (su relación con Rusia es ambivalente, dependiendo del área en cuestión), ni cuenta prácticamente con bases militares en otros países, lo que limita el alcance de sus operaciones a nivel mundial. Aunque supera a los Estados Unidos en número de combatientes, vehículos blindados y artillería pesada, estos elementos no parecerían ser de mucha utilidad en el caso de una hipotética confrontación entre las potencias que se ubican en los extremos del Océano Pacífico. Como apunta Escudé (2014 A: 8):

“Aunque es una gran potencia, China no posee una presencia global comparable a la de Estados Unidos. Limita sus recursos geopolíticos más filosos a aguas en disputa de su periferia geográfica. Generalmente, acota estas maniobras a lo indispensable para aumentar su capacidad de asegurarse alimentos e hidrocarburos en caso de que sobrevenga una grave crisis mundial”

Del análisis comparado de ambas fuerzas se puede advertir que, a pesar del impresionante crecimiento chino en sus capacidades militares, estas aún no son ni remotamente cercanas a las que posee los Estados Unidos, teniendo en cuenta las cantidades de equipos, pero principalmente el grado de avance tecnológico, poder de fuego y precisión de los mismos. Christensen (2015: 182) es claro: “Cualquier medida cuantitativa del poder nacional concluirá que el liderazgo militar de los Estados Unidos es enorme y prácticamente históricamente sin precedentes”. En la misma línea, Boot (2006: 429), experto en historia militar, indica: “En los primeros años del Siglo XXI los Estados Unidos goza de una preponderancia de poder militar más grande que cualquier otra nación en la historia”.

Tabla 1: Situación militar comparada (datos 2016)

	Estados Unidos de América	República Popular China
PBI	18.624.475 millones USD	11.199.145 millones USD
Presupuesto de Defensa	611 mil millones USD (3.3% de su PBI)	215 mil millones USD (1.9% de su PBI)
Total mundial en exportaciones de armas (2012 – 2016)	46 mil millones USD (33% del total mundial; con destino a 100 países)	8 mil millones USD (6% del total mundial; con destino a 44 países)
Préstamos mundiales en materia militar	5 mil millones USD	Sin datos
Ojivas nucleares	7.200	260
Tanques	2.831	6.540
Vehículos blindados de combate	4.559	4.282
Equipos de artillería pesada	7.429	13.380
Aviones Bombarderos	157	150
Portaaviones operativos	10	1
Tropas activas	1.400.000	2.333.000
Cruceros, destructores y fragatas	88	73
Buques anfibios	30	3
Submarinos equipados con misiles de ataque a tierra	57	56
Aviones de combate	3.130	1866
Helicópteros de combate	902	200
UAVs de ataque estratégico	540	4
Helicópteros de transporte de tropas	2793	368
Aviones de transporte de tropas	699	67

Fuente: Elaboración propia en base a datos obtenidos del SIPRI (2016) y el IISS (2016)



Pero más allá de un análisis comparado cuantitativo, esta conclusión se refuerza al indagar otros aspectos de ambas potencias de carácter cualitativo. En la era de la información, el poderío de los Estados Unidos reside en la calidad, no (como lo era durante la era de la segunda revolución industrial) en la cantidad. Tanto sus soldados como sus equipos están entre los mejores del mundo (Boot, 2006: 430). Estados Unidos mantiene los más altos estándares y es líder en desarrollo e investigación de nuevos equipos y capacidades, mientras que China mantiene su industria militar principalmente basado en la técnica de réplica. Aunque está intentando modificar tal tendencia apostando a la innovación, a la potencia asiática aún le falta un largo camino por recorrer. Incluso los sistemas más modernos de China tienen dificultades reales en la práctica y están lejos de encontrarse a la par de los sistemas norteamericanos en términos de efectividad en combate (Christensen, 2015: 84). China será durante décadas más fuerte económicamente que militarmente.

China tampoco cuenta con alianzas militares de importancia, las bases marítimas, las logísticas de amplio rango y la experiencia de las fuerzas norteamericanas. Mientras que los Estados Unidos cuenta con cientos de miles de tropas localizadas en decenas de países, China apenas tiene unas pocas miles en misiones de mantenimiento de la paz de Naciones Unidas (Nye, 2015: 58). Es fundamental destacar desde este punto de vista que prácticamente ninguna de las nuevas armas de China han sido probadas en combate y que sus tropas, si bien cada vez mejor entrenadas, nunca han debido tomar decisiones bajo la presión del campo de batalla.

Más allá de la tecnología y la experiencia, los aliados representan la mayor ventaja que los Estados Unidos mantiene con respecto a China. Los Estados Unidos tienen compromisos formales de seguridad con 62 países alrededor del mundo. Si uno incluye al mismo Estados Unidos, este sistema de alianzas representa el 80% del gasto militar internacional. China solo tiene una alianza

formal con Corea del Norte y una fuerte relación de seguridad con Pakistán⁴. Estas alianzas otorgan a los Estados Unidos más que solo poder de fuego adicional en un conflicto; proveen de derechos de bases permanentes en muchos casos, y en otros, el derecho a usar los puertos y las bases aéreas para ejercicios y en casos de emergencia. También proveen información de inteligencia y asistencia local en cuanto a la geografía, el clima y otros aspectos del tipo que sirve como multiplicador de las fuerzas del poder americano (Christensen, 2015: 89).

Tampoco se debe desatender la posición estratégica de los Estados Unidos, única gran potencia a nivel global no rodeada de otros grandes poderes. Por el contrario, la República Popular China tiene 22 mil kilómetros de bordes con 14 estados, algunos de los cuales son potencialmente o actualmente inestables, lo que limita su proyección estratégica. Finalmente, Estados Unidos sigue siendo además una potencia económica, ahora potenciada por nuevos yacimientos de gas y petróleo, que le permiten mantener una presencia militar global y compromisos creíbles en materia de seguridad.

Todo esto nos indica que el panorama militar internacional seguirá siendo marcadamente unipolar en el plano militar. En materia de geopolítica (sin mencionar demografía, política e ideas), los Estados Unidos tienen una ventaja decisiva sobre China. Al respecto, Boot (2006: 429) concluye: “Aunque las fuerzas norteamericanas aún pueden ser enfrentadas cuando entran en contacto directo con el enemigo en su territorio, mantienen control indiscutido de los “espacios comunes” (agua, aire, espacio), lo que les permite proyectar poder a cualquier lugar del mundo en poco tiempo”.

⁴ China tiene cooperación en defensa y comercio de armas con Rusia, pero la desconfianza mutua entre ambos hace muy difícil pensar en una alianza del mismo tipo que uno describiría la relación de los Estados Unidos con Corea del Sur, Australia o Taiwan.

Aunque los Estados Unidos no volverá a retomar el pico de hegemonía que tuvo durante la era unipolar, su poder aún no encuentra rival en el plano geopolítico. Entre todos los posibles futuros, el más probable es uno en el que China le ofrece una carrera a Estados Unidos por su dinero, pero no lo supera en otros recursos de poder (principalmente el militar) al menos hasta la mitad de este siglo. En términos relativos, es probable que Estados Unidos siga siendo el actor más poderoso del sistema en varias décadas porvenir. Se podría decir que el poder está distribuido hoy en un patrón que hace recordar al de un complejo juego tridimensional de ajedrez. En el tablero más bajo, el de las relaciones transnacionales, que incluye a múltiples actores no estatales, el poder está ampliamente difuminado y no tiene sentido hablar de unipolaridad, multipolaridad o hegemonía. En el tablero intermedio, el poder económico ha sido multipolar (o bipolar, según las mediciones que se consideren), por varios años. Sin embargo, en el tablero del tope, el poder militar es ampliamente unipolar y retendrá esa capacidad en un largo tiempo por venir (Nye, 2012).

Habiendo cumplido con el objetivo específico de la investigación de realizar una comparación de las fuerzas armadas convencionales de ambos actores, como se ha podido observar, en la actualidad las asimetrías de poder son claras y, si este fuera el único factor relevante para predecir los resultados de una confrontación, la balanza se inclinaría hacia los Estados Unidos en caso de una guerra entre ambos actores. Sin embargo, podemos plantear la hipótesis de que, habiendo dado cuenta de esta asimetría, el gobierno y los cuadros militares chinos se han inclinado al desarrollo de estrategias y tecnologías de tipo no convencional para prepararse en caso de una confrontación, al mismo tiempo que han seguido desarrollando sus capacidades convencionales.

Los documentos y declaraciones oficiales analizadas indican que, como sugiere Zakaría (2012: 142), los chinos entienden lo marcado que es el balance militar en la actualidad. El desafío de china, de acuerdo a esto, no se parecerá a otra Unión Soviética, con Beijing tratando de mantener la igualdad en términos militares. Es más probable que china se mantenga como un “poder asimétrico”. Ya está explorando y desarrollando modos de complicar y erosionar la supremacía militar norteamericana, tal como tecnologías basadas en el espacio y la internet. Incluso más importante, utilizará su fortaleza económica y sus habilidades políticas para lograr sus objetivos sin tener que recurrir a la fuerza militar, aunque, como veremos a continuación, está cada vez más preparada para hacerlo.

Es en esta línea que en el próximo capítulo, abordando el objetivo principal de la investigación en curso, se desarrollan algunos ejemplos de las capacidades no convencionales que China ha desarrollado en el período bajo estudio en vistas de una confrontación de tipo asimétrica.

CAPÍTULO 4 – Algunos desarrollos no convencionales de la República Popular China

“No sé con qué armas se luchará en la tercera Guerra Mundial, pero sí sé con cuáles lo harán en la cuarta Guerra Mundial: palos y piedras”

Albert Einstein (Siglo XX)

Los expertos chinos Wang y Zhang (2000: 174) argumentaban ya hace 20 años que para enfrentar enemigos más avanzados tecnológicamente y militarmente, como los Estados Unidos, China debía desarrollar una serie de capacidades y tácticas nuevas. Entre ellas, mencionaban: Operaciones de fuerzas especiales contra el mando y control del enemigo, misiles guiados de precisión, incluidos misiles anti radiación, armas de pulso electromagnético, láseres, interferencias electrónicas y virus informáticos y hackers especializados para atacar las redes de información. Como se verá a lo largo de los siguientes dos capítulos, la cúpula política y militar de China parece haber atendido bien a estas recomendaciones, puesto que algunas de las principales innovaciones militares chinas de las últimas dos décadas se alinean de forma clara con estas.

El término desarrollos de tipo no convencionales se utiliza en este trabajo en referencia a armas, estrategias y ventajas operacionales que permitan atacar vulnerabilidades del enemigo o que busquen negar la utilización de las capacidades de poder de su adversario a un costo relativamente inferior (Sullivan, 2007; Bennett, 1998; Herrera, 2013). Se hace especial referencia a estrategias, armas y sistemas que no impliquen poder de fuego de tipo convencional, tales como tanques, aviones, buques o submarinos, sino a aquellas armas y sistemas de alta tecnología que tengan como objetivo principal un daño de tipo no explosivo o mortal (aunque a veces este tipo de daño pueda ser un medio para lograr otros objetivos buscados por tales armas y estrategias). Se

toman como ejemplo de esto la estrategia china de negación de área y anti acceso, los sistemas de destrucción de satélites, los sistemas de destrucción de portaaviones y bases militares, los sistemas de comunicación cuántica y los desarrollos en ciberguerra y ciberseguridad.

El Libro Blanco de China de 2013 sobre la defensa nacional ya señalaba que los cambios en forma de guerra de la mecanización a la informatización se están acelerando (Hansen, 2014: 11). La tecnología permite ventajas estructurales a quienes la producen, la emplean y desarrollan. Mediante la modernización militar a largo plazo, Beijing tiene como objetivo crear una fuerza militar capaz y creíble para proteger los intereses fundamentales de China (Dennis, 2017). En "Armas del siglo XXI", Mengxiong (1997) sugiere que estamos en medio de una nueva revolución en la tecnología militar y en el siglo XXI tanto las armas como las unidades militares se verán "intensificadas en la información". Al igual que muchos autores chinos, considera que las armas de nuevo concepto, como los láseres y las armas de microondas de alta potencia, son la mejor manera de llevar a cabo ataques asimétricos. La tecnología es un componente primordial en cuanto a cómo las guerras se llevan a cabo, ya que esta incide en el campo de batalla, en la estrategia operacional y en la "Gran Estrategia", pues esta permite habilitar políticas o espacios antes no considerados (Battaleme, 2017: 8).

El mejor modo de sobrevivir en un sistema anárquico como el internacional es ser lo más fuerte posible, de forma relativa con los rivales potenciales (Mearsheimer, 2014). Sin embargo, la producción de más tanques, más buques o más aviones de combate no son las únicas formas de elevar las capacidades militares en el siglo XXI. La modernización militar de China tiene el potencial de reducir las ventajas tecnológicas básicas de los Estados Unidos (US Department of Defence, 2014). En este sentido, el General Fu Quanyou, ex Jefe del Estado Mayor de China, sostenía a fines del milenio pasado que "hay inferioridad dentro de la superioridad y debilidad

dentro de la fuerza" y que los avances de alta tecnología en armamento han dejado "un amplio margen para el lado más débil, dando rienda suelta al coraje y la inteligencia superior del hombre" (Fu, 1999).

La actual estrategia de modernización militar asiática se basa en el enfoque chino que pone énfasis en el dominio de la información, la inteligencia y la manipulación de las percepciones. Dentro de estos desarrollos China ha priorizado el desarrollo de armas y conceptos operativos para negar a un adversario operar en la región dándole prioridad a la modernización del Comando de Control, Comunicaciones, Computadoras e Inteligencia como respuesta a las tendencias en la guerra moderna que enfatizan la importancia del intercambio rápido de información (US Department of Defence, 2017: 22).

Pillsbury (2000) enumera varias acciones de tipo asimétricas que podría adoptar China, enfocándose principalmente en aquellas que implican destruir los sistemas de logística, comando y control e información del enemigo, tales como el ataque a los radares y centros de comunicación, la destrucción de sistemas electrónicos y software a través de virus informáticos, y el desarrollo de armas de impulso electromagnéticos. También propone otro tipo de estrategias, como la destrucción de sistemas de vigilancia y el hackeo de misiles (altamente vulnerables por la enorme proporción de componentes electrónicos que contienen). Como se desarrollará a continuación, todo indica que China ha tomado en consideración este tipo de estrategia y se encuentra desarrollando los sistemas de armas pertinentes, todos los cuáles pueden considerarse como desarrollos de tipo no convencional según la definición utilizada en este trabajo.

4.1. Estrategia A2/AD

La tecnología por sí sola difícilmente consigue una superioridad militar devastadora. Tácticas, organización, entrenamiento, liderazgo y otros productos de una burocracia eficaz son necesarios para lograr el potencial de las nuevas invenciones. En la actualidad, el control, el acceso y la explotación del mar, el aire, el espacio ultraterrestre y el ciberespacio representan la base de la supremacía militar, política y económica de los Estados. En este sentido, quienes intuyen que sus intereses se ven amenazados están desarrollando estrategias orientadas a la negación activa de esos espacios para evitar su uso o penetración por parte de otros. Esto se realiza como refuerzo o incorporación de ciertos sistemas de armas o, de forma indirecta, tratando de entorpecer el accionar y la libre movilidad del oponente mediante alianzas o acuerdos políticos (Battaleme, 2015: 6).

Grevi (2009) señala que la clave del poder en un mundo multipolar y una era de interdependencia como la actual no solo es la proyección de poder, sino principalmente la capacidad de bloquear los intereses y movimientos de los oponentes, una capacidad que el autor denomina “poder negativo” o “poder de negación”. En línea con esto, Battaleme (2015: 5) resalta que “la competencia entre el acceso y en anti-acceso comienza a hacerse notar en la política internacional”.

La estrategia de "contra intervención" se refiere a un conjunto de tareas definidas operacionalmente para impedir que fuerzas militares extranjeras intervengan en un conflicto o territorio delimitado. El enfoque de China para hacer frente a este desafío se manifiesta en un esfuerzo sostenido para desarrollar la capacidad de atacar, a largas distancias, las fuerzas militares que podrían desplegarse u operar en el Pacífico, que el Departamento de Defensa de los Estados

Unidos califica de "Negación de área y Anti acceso (A2 / AD)". China está invirtiendo en capacidades diseñadas para derrotar la proyección de poder del adversario y contrariar la intervención de terceros a través de una variedad de sistemas aéreos, marítimos, submarinos y espaciales (Colley & Cordesman, 2015: 10; S. Erickson & Heath, 2015). Estos esfuerzos están diseñados para quitar los ojos y oídos de un adversario y ganar el componente de guerra de información de un conflicto. Este tipo de operación incluye las armas anti satélites; los láseres de energía dirigidos a "cegar" temporalmente o dañar permanentemente a los satélites adversarios; y los interferentes capaces de interferir con los enlaces satelitales, tales como el sistema de posicionamiento global (GPS) y los sistemas de apoyo de orientación (Rinehart, 2015). El objetivo de esta estrategia de anti-acceso es impedir que las fuerzas enemigas operen dentro de la costa de China (Solomon, 2011).

Este concepto enfatiza el concepto de derrota de un enemigo militarmente superior por uno más débil, demostrando la influencia en el pensamiento militar chino de la presencia de Estados Unidos en la región. En 1999 Jiang Zemin, Secretario General del Partido Comunista Chino, expresaba "Eso que el enemigo teme más, eso es lo que debemos desarrollar" (Erickson, 2017: 2). Es así que el objetivo de las estrategias A2 / AD, implica evitar la entrada y libertad de acción de fuerzas enemigas, pero también lograr la disuasión y evadir la confrontación directa con un adversario superior, desarrollando capacidades diversas que apuntan a aumentar el costo de ingresar al escenario de operaciones por el poder interventor (Ekmektsioglou, 2015), encontrando relación directa con las estrategias de tipo asimétricas. El famoso dictum de Sun Tzu se mantiene en la estrategia china más vigente que nunca: "*La excelencia suprema consiste en vencer al enemigo sin luchar*" (Tzu, 2002: 41). Como remarca Battaleme (2015: 14): "vale decir entonces

que la negación de área y el anti-acceso no necesariamente acompaña a una proyección de poder sino que la antecede, como sucede actualmente en el caso de China”.

Pero lo que hace que la A2 / AD sea diferente del pasado es la rápida mejora de la tecnología de sensores, guías y comunicaciones en las últimas décadas y las nuevas maneras de implementar estas estrategias. Juntos, estos dos componentes también han mejorado radicalmente la letalidad de los misiles guiados de largo alcance y hace posible amenazar objetivos distantes, incluso sin desplegar una fuerza naval o aérea tradicional de proyección de poder. Estos conceptos cobran gran relevancia frente a un conflicto con una potencia con amplias capacidades como Estados Unidos. China puede eventualmente desplegar una capacidad de ataque sorpresa que podría acabar con las infraestructuras de los Estados Unidos en la región. Entre los objetivos más susceptibles a estos sistemas están las bases aéreas y navales, los buques de superficie, los aviones y los satélites que soportan la proyección de los Estados Unidos en Asia (Heat, Guinness y Cooper, 2016). “La modernización militar de China preocupa a los estrategas americanos porque esta se ha focalizado inteligentemente sus desarrollos en nuevas capacidades que expongan a las fuerzas americanas desplegadas lejos de los Estados Unidos y cerca de China a varios riesgos” (Christensen, 2015: 96).

Como apunta un detallado análisis prospectivo de la RAND corporation sobre las eventualidades de una guerra entre ambas superpotencias, “las mejoradas capacidades de China, especialmente en el plano del anti acceso y denegación de área, significan que los Estados Unidos no pueden contar con ganar control operacional, destruir las defensas de China y lograr una victoria decisiva en corto tiempo si un enfrentamiento bélico estalla” (RAND, 2016: IX). Una alta capacidad de A2 / AD por parte de China plantea grandes desafíos para la política de seguridad de los Estados Unidos, pues eleva los costos de la intervención y por tanto disuade la voluntad de

Estados Unidos de participar en un conflicto cerca del territorio chino (Biddle & Oelrich , 2016). Varios indicios apuntan a que Estados Unidos no está preparado para ejecutar operaciones de combate contra los modernos sistemas A2 / AD y si no se preparan para esto tipo de estrategias el fracaso militar debido a la incapacidad de comprender la evolución de la guerra moderna podría ser inminente (McCarthy, 2010).

4.2. Misiles

Uno de los objetivos de la estrategia A2/AD de China es derrotar al grupo de batalla de portaaviones, la base del poder naval estadounidense, a través de los misiles balísticos y de crucero chinos que pueden apuntar a los portaaviones estadounidenses y otras fuerzas navales (Rumbaugh & Horitski, 2015; Rinehart, 2016). A su vez, las capacidades chinas anti-acceso de misiles amenazan las instalaciones aéreas y navales críticas de los Estados Unidos en las islas de Okinawa y Guam (McCarthy, 2010). En este sentido, China ha desplegado misiles avanzados en una amplia gama de plataformas, incluyendo lanzadores móviles terrestres altamente ocultos y submarinos convencionales relativamente silenciosos. También se están desarrollando misiles balísticos, láseres terrestres y sistemas en órbita para misiones anti satélite. A su vez, China tiene varios tipos de misiles balísticos anti-buque (ASBM) con tecnología de vehículos de re-entrada maniobrables, pudiendo evadir las defensas de misiles de Estados Unidos y socavar la efectividad de los grupos de ataque de portaaviones (Johnson J. S., 2017), desafiando el control marítimo de los Estados Unidos (Erickson, 2017). En estos desarrollos se puede apreciar algunos elementos del astuto aprovechamiento de Beijing de los factores tecnológicos que están literalmente cambiando los caminos de la guerra. Algunos de los misiles que podrían destinarse a estos fines son:

- El DF-21D, un misil balístico de alcance medio diseñado contra objetivos navales, con capacidad de maniobra para golpear buques en movimiento (Fukuda, 2014). Esta desplegado en las costas y fue apodado con el nombre de asesino del portaaviones (Rumbaugh & Horitski, 2015). El DF-21D incorpora tecnología que logra que sea capaz de realizar maniobras evasivas ajustando su trayectoria en el aire para evitar los misiles interceptores de los Estados Unidos, haciendo que sea difícil de atacar (Solomon, 2011).
- El DF-26, misil posee las mismas características que el anterior, pero su rango aumenta de 1.500 kilómetros a aproximadamente 4.000 kilómetros. Esta característica le da la capacidad de atacar la base estadounidense en Guam, por lo que obtuvo el apodo de “asesino de Guam” (McCarthy, 2010; Rumbaugh & Horitski, 2015; US Department of Defence, 2017)
- El YJ-18, cuya característica distinta es que está desplegado en los cruceros y submarinos de ataque. Este misil se lanza verticalmente y puede alcanzar velocidades supersónicas con una cabeza explosiva que puede derribar a los destructores estadounidenses. Su gran velocidad obstaculiza la posibilidad de los barcos de destruirlo con los cañones a bordo (Rumbaugh & Horitski, 2015).

Dada la inferioridad general de China en el poder aéreo y naval de largo alcance, misiles balísticos como estos proporcionan un poderoso medio asimétrico que podría disuadir a las fuerzas estadounidenses (Hagt & Durnin, 2009). Los misiles están desafiando la influencia militar estadounidense, jugando un papel decisivo para enfrentar la capacidad militar y la voluntad

política de intervenir de los adversarios. Los líderes militares lo ven como una forma de nivelar el juego contra un adversario superior, debido a sus menores costos y el poder de penetración en los sistemas de defensa (Ou, 2013).

Estos desarrollos se coinciden con lo propuesto en el libro blanco de la estrategia militar china publicado en 2015 (STPRC, 2015):

*“En línea con el requisito estratégico de la defensa en alta mar y la protección en alta mar, la Armada del Ejército Nacional de Liberación (PLAN) cambiará gradualmente su enfoque de la "defensa en alta mar" a la combinación de la "defensa en alta mar" con la "protección en alta mar", y construirá una estructura combinada, multifuncional y eficiente de la fuerza de combate marina. El PLAN mejorará sus capacidades de **disuasión estratégica y contraataque, maniobras marítimas, operaciones conjuntas en el mar, defensa integral y apoyo integral**”* (Negritas propias).

Para un Estado que teme de ataques aéreos desde portaaviones, la mejor defensa es una buena ofensiva. Friedberg (2011: 221), describe en este sentido a estos misiles como potenciales “cambiadores de juego”, porque si china puede generar una amenaza creíble a los portaaviones, podría forzar a la armada estadounidense a llevar estos costosos símbolos del poder norteamericano y otros buques de superficie lejos de las costas chinas, lo que reduciría drásticamente su efectividad y su proyección de poder y, fundamentalmente, alteraría el balance de poder en el Asia Pacífico.

Además, los sistemas de precisión de largo alcance y la capacidad de maniobra maximizan la efectividad de los golpes a un costo muchos más bajo que las contramedidas contra ellos (S. Erickson & Heath, 2015). Ya en 2005 un Almirante de la Marina de Estados Unidos afirmaba que

los misiles balísticos anti buque podían representar el equivalente estratégico de la adquisición de armas nucleares en 1964 (Hagt & Durnin, 2009: 87). Desde este punto de vista, Estados Unidos podrá tener literalmente 10 veces más portaaviones que China, pero estos de nada servirán si se perciben amenazados por la posibilidad de ser destruidos con un solo misil chino lanzado desde sus costas. Así, desde el punto de vista de la guerra asimétrica, un misil de alta tecnología podría limitar el despliegue de una fuerza naval convencional ampliamente superior. Los misiles son menos costosos, más rápidos y difíciles de evitar, mientras que las bases estadounidenses o el grupo de portaaviones son más fáciles de detectar e implican costos mucho mayores en mantenimiento, reparación o sustitución. La capacidad que le proveen a China los nuevos misiles de alta tecnología podrían ser una ventaja asimétrica importante para la potencia asiática y un problema estratégico para Estados Unidos (Middlebury, 2015).

Las capacidades de A2 / AD que proveen estos misiles se ha convertido en una fuente de gran preocupación para los Estados Unidos (Biddle & Oelrich, 2016). Este no está preparado ejecutar operaciones de combate contra los modernos sistemas A2 / AD y si no se preparan para esto tipo de estrategias el fracaso militar debido a la incapacidad de comprender la evolución de la guerra moderna podría ser inminente (McCarthy, 2010). Además, como ya se mencionó, estas amenazas son asimétricas ya que China puede eventualmente desplegar una capacidad que podría acabar con las infraestructuras de los Estados Unidos en la región, destruir aviones estacionados en bases, hundir gran parte de cualquier presencia naval y destruir satélites estadounidenses, causando grandes daños con un costo muchas veces menor (Heath, Guinness y Cooper, 2016).

4.3. Espacio exterior

Uno de los grandes capítulos de la política internacional a partir de la segunda mitad del siglo XX es la exploración y explotación del espacio ultraterrestre, donde la ciencia y la tecnología tienen un papel protagónico (Castillo Argañarás 1996: 113). En este sentido, otra de las áreas de importante desarrollo del programa militar chino son las actividades espaciales, habiendo desplegado en el período analizado una amplia gama de sus propios activos espaciales, así como capacidades de contra espacio. En el pensamiento estratégico de China la capacidad de entrar, controlar y explotar el espacio sirve no sólo como un fortalecimiento de la fuerza sino también como un factor disuasivo (Raska, 2016).

Los activos militares estadounidenses en el espacio han otorgado a sus fuerzas una considerable ventaja en el campo de batalla. A causa de esto los satélites son esenciales para el modo de guerra estadounidense, principalmente en el Asia-Pacífico debido a la grandes distancias continentales (Misokami, 2014). Pero es también por ello que, a pesar de ser un multiplicador de la fuerza, también puede resultar un factor de debilidad: el ejército de los Estados Unidos depende en gran medida de las capacidades espaciales y cibernéticas. Esto puede ser utilizado por el ejército chino para su defensa y ofensiva, desarrollando capacidades para negar el acceso, afectando por ejemplo los misiles norteamericanos que dependen de los satélites espaciales (Rumbaugh & Horitski, 2015).

Por un lado, en los últimos años, China ha desarrollado sistemas propios de reconocimiento, vigilancia y control para lograr información de alta fidelidad (US Department of Defence, 2017). El logro de una constelación completa de satélites Beidou podría apoyar el posicionamiento objetivo en el nivel táctico, ser utilizado en coordinación con sistemas de guiado

de armas de precisión, y permitir una imagen operativa común de las ubicaciones de las fuerzas amigas y enemigas (S. Erickson & Heath, 2015). China posee cerca de 70 satélites utilizados con fines militares que incluyen comunicaciones, navegación y posicionamiento. Se espera que el sistema de navegación por satélite Beidou esté completamente operativo alrededor de 2020, con capacidades comparables al sistema GPS de los Estados Unidos.

A su vez, China ha tomado la iniciativa en la implementación del concepto de comunicación cuántica de larga distancia por satélite, que permitiría la comunicación mediante mensajes imposibles de ser interferidos, financiando intensamente la investigación en esta área (Subramanian, 2016). En 2016 ha logrado el lanzamiento exitoso del primer satélite cuántico en el mundo. Apodado "Micius", este satélite fue diseñado para realizar experimentos de comunicación mediante la transmisión de información cuántica desde el espacio a cinco estaciones terrestres. El desarrollo de estas capacidades ayudaría en la transferencia de datos altamente clasificados teóricamente imposibles de intervenir (Jianlan, 2016), lo que le otorgaría a China una capacidad estratégica esencial.

China ciertamente tendría planes de usar satélites de comunicación cuántica para propósitos militares (Subramanian, 2016) debido a que si esta red es exitosa servirá como un activo estratégico para que el Ejército chino pueda proyectar su poder a través de una constelación de inteligencia espacial, vigilancia y plataformas de reconocimiento, alerta táctica, navegación y posicionamiento (Raska, 2016). Se puede decir que esta mezcla de capacidades que ha desarrollado el ejército chino están diseñadas de manera asimétrica para contrarrestar una capacidad espacial estadounidense hasta ahora mucho más avanzada tecnológicamente.

Por otra parte, las armas anti satélite, que China desarrolla desde el 2008, son también un elemento de gran trascendencia en su nueva estrategia militar. Según Pillsbury (2015: 151), “los chinos creen fuertemente que otra debilidad norteamericana en el campo de batalla reside en su alta dependencia de los satélites espaciales”, por lo que el concepto de "bloqueo de información" de China prevé el empleo de instrumentos militares y no militares de poder estatal en todo el espacio de batalla, incluso en el ciberespacio y el espacio (US Department of Defence, 2017). Estos desarrollos funciona de manera complementaria a la estrategia A2/D2.

China ha desarrollado distintos tipos de arma anti satélite. Una de ellas es el arma anti satélite coorbital (ASAT), un tipo de arma que se puede colocar en órbita en tiempos de paz, siendo indistinguible de los satélites benignos y llegar a atacar los satélites estadounidenses en caso de una crisis. Podrían atacar simultáneamente múltiples satélites críticos desde una proximidad tan cercana que los Estados Unidos no tendrían tiempo para evitar daños. Tienen la capacidad de eliminar los satélites en proximidad a través de varias armas, como armas de energía cinética, cargas explosivas, dispositivos de fragmentación y hasta brazos robóticos. Estas armas podrían apuntar a una amplia variedad de satélites estadounidenses, incluyendo satélites de recolección de inteligencia, comunicaciones y navegación (Erwin, 2018). La pérdida de tales satélites haría difícil realizar misiones de reconocimiento sobre China. También interferiría con la navegación aérea, terrestre y marítima, implicaría comunicaciones más lentas y evitaría el uso de armas guiadas por GPS (Misokami, 2014).

Las armas anti satélite también pueden estar basadas en tierra. China cuenta con el misil balístico SC-19 que contiene un vehículo de matanza cinética. Este es guiado al objetivo a través de sensores infrarrojos cuando se envía al espacio y posee la capacidad de destruir satélites al chocar con ellos. Se cree que adquiere la capacidad de poner en riesgo los satélites

estadounidenses de navegación GPS que están localizados en órbita media (Erwin, 2018). “La negación del espacio ultraterrestre implica poder cegar satélites enemigos, derribarlos, bloquear las señales del mismo haciendo que el espacio sea virtualmente inútil para el oponente” (Battaleme, 2015: 13). Es así como la ventaja que la fuerza militar de los Estados Unidos obtiene de su control del espacio se está erosionando lentamente (Boot, 2006: 427). Además, cuando China destruyó uno de sus propios satélites con un misil durante el 2007, dos puntos de gran preocupación sobre esta prueba, fueron su falta de transparencia, ya que China nunca explicó las razones de la misma o cómo esta fue desarrollada, y que la comunidad de inteligencia norteamericana no haya sido capaz de anticiparla (Pillsbury, 2015: 152).

El departamento de Defensa de los Estados Unidos tiene tres objetivos marítimos principales en la región del Asia Pacífico: Resguardar la libertad de navegación de los mares, disuadir el conflicto y la coerción y promover la adhesión a los estándares y las leyes internacionales (DoD, 2015). Es claro como los nuevos desarrollos de China observados dificultarán la tarea de los Estados Unidos en todos estos ámbitos.

En relación a las estrategias de guerra asimétrica, lo importante es destacar que la defensa de los satélites no es viable a largo plazo si un enemigo está dispuesto a atacarlos, debido a las ventajas de costo estructural que poseen este tipo de armas. Si un enemigo destruye un satélite, uno lo puede reemplazar, pero el enemigo sigue teniendo la capacidad de destruirlo nuevamente a un costo claramente inferior (Kaufman & Linzer, 2017). Pillsbury (2015: 147) es claro al respecto cuando plantea que las armas asimétricas que China está desarrollando son mucho menos costosas que las armas que estas destruyen, siendo su principal efecto en el adversario la confusión, el shock y, principalmente, la sensación de sentirse sobrepasado. Se desarrollan en el mayor secretismo posible y serán utilizadas en un momento decisivo de la guerra, antes que el enemigo

tenga posibilidades de prepararse. Además, el precio de los misiles es tan bajo, y su capacidad tan alta, porque su tecnología probablemente haya sido robada de los propios norteamericanos (Pillsbury, 2015: 41) ⁵.

Todos estos ejemplos de estrategias y nuevas armas demuestran que China se está equipando militarmente en vistas de un enemigo con mayores capacidades en el plano convencional. De forma coincidente con este análisis, Friedberg (2011: 233) comenta que “en términos de capacidad militar, los Estados Unidos aún mantiene un liderazgo amplio en la mayor parte de las áreas, pero China está comenzando a hacer progresos rápidos en varias de ellas. Lo importante es destacar que China no necesita equiparar a Estados Unidos en cada área para competir militarmente”.

Las estrategias A2/D2, los misiles anti buque, los satélites cuánticos y las armas anti satélites, entre otros nuevos desarrollos de China, presentan características claras que le permitirían a la potencia asiática superar, o al menos equiparar la brecha en capacidades convencionales con los Estados Unidos. Otras armas asimétricas en el arsenal de China incluyen armas de microondas y de pulso electromagnético para deshabilitar todos los aparatos electrónicos dentro de un rango determinado, minas propulsadas para destruir portaaviones y hasta aviones de combate fuera de servicio que podrían convertirse de forma fácil en bombas comandadas a distancia no tripuladas llenas de explosivos. También está armando a su creciente flota de submarinos con torpedos tipo Shkval, los cuales, dada su velocidad, podrían superar todas las defensas conocidas de los buques norteamericanos (Pillsbury, 2015: 154).

⁵ Ver capítulo 5

Experimentando con nuevos tipos de armas y nuevos conceptos de operación, el Ejército Popular de Liberación se está aproximando al punto donde podría tener una oportunidad real de desplazar a las fuerzas norteamericanas fuera del Pacífico oriental, al menos en las primeras etapas de una guerra, utilizando únicamente armas no nucleares y sin apuntar a objetivos en suelo norteamericano (Friedberg, 2011: 224). Pillsbury (2015: 154) describe esta estrategia:

“En breve, sea que la lucha implique enfrentarse al ejército, la armada o la fuerza aérea de un enemigo, la teoría operacional de China implica destruir el sistema de comando del enemigo, sabotear sus sistemas de información, destruir sus sistemas de armas más avanzados, sabotear sus sistemas de apoyo logístico y denegar al enemigo la superioridad que obtiene de su capacidad tecnológica avanzada”

Dado su costo relativamente menor y la posibilidad de negar los elementos de poder esenciales de las fuerzas norteamericanas, estos desarrollos son parte fundamental de la estrategia china para hacer frente a los Estados Unidos en una confrontación asimétrica.

En el desarrollo de estas nuevas tecnologías China no parece tanto empeñada en ganar la “revolución en los asuntos militares”, sino más bien, como plantea Christensen (2001: 22), lanzar una “contrarrevolución en los asuntos militares” para debilitar y coaccionar a las potencias más avanzadas, que dependen cada vez más de los sistemas de mando y control de alta tecnología y del manejo de la información para proyectar su poder.

Ninguno de los desarrollos analizados de alta o baja tecnología parece permitir a China cerrar la brecha en potencia militar con los Estados Unidos, sobre todo teniendo en cuenta el alcance global que tienen las fuerzas armadas norteamericanas. Sin embargo, podrían imponer costos militares (y políticos) para los Estados Unidos a una hipotética invasión lo suficientemente

altos como para disuadir cualquier acción de este tipo. Esto, al mismo tiempo, permitiría a China lograr mayor rango de maniobrabilidad para buscar la hegemonía regional y satisfacer sus objetivos geopolíticos, como la incorporación de Taiwán o el dominio efectivo e indiscutido de los mares del Asia Pacífico y las islas allí en disputa. Tal vez lo más importante es que estas tecnologías podrían resultar extremadamente peligrosas si las elites chinas creen que serán eficaces, incluso cuando no lo son.

Al mismo tiempo, los desarrollos analizados demuestran como la tecnología ha cambiado la concepción de la guerra. Sin embargo, el cambio más radical en este sentido lo han traído consigo los progresos en materia de ciberseguridad y ciberguerra, imprimiendo un cambio sin precedentes en la forma de entender, luchar y triunfar en la guerra, cambio sobre el cual China ya ha comenzado a actuar, tal como se verá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO 5 – Las capacidades no convencionales de China en el plano de la Ciberguerra y la Ciberseguridad

"Así como el agua toma la forma del recipiente que la contiene, un hombre sabio debe adaptarse a las circunstancias".

Confucio (Siglo VI a.c.)

Según Boot (2006: 15), los últimos siglos no han visto un cambio gradual en la forma en cómo peleamos, sino verdaderas revoluciones en tecnología militar. El autor plantea que los países que fueron capaces de lograr ventajas decisivas en estas revoluciones y dominar estos cambios han sido los ganadores históricos, mientras que aquellos que han quedado atrasados frente a los mismos han sido condenados “a la irrelevancia y el olvido”. En tal sentido, cada revolución ha sido acompañada por un cambio en el balance internacional de poder. El presente capítulo plantea que en la actualidad los desarrollos en ciberguerra y ciberseguridad son la nueva revolución que cambiará al mundo, alzará a los innovadores y condenará al olvido a los perdedores.

A diciembre de 1995 apenas 16 millones de personas en el mundo estaban conectadas a la internet, un 0,4% de la población. Junio de 2017 marcó un nuevo hito cuando los reportes de ese mes indicaron que ya más del 50% de la población mundial tenía acceso a internet. La conectividad es la norma del siglo XXI y a gracias a ella se ha logrado un crecimiento exponencial del conocimiento y la creatividad. La tecnología afecta cada lugar de nuestras sociedades. Desde cómo se ordenan y estructuran las relaciones económicas, hasta la forma en la que se producen las guerras y las distintas sociedades en la articulación de sus relaciones. Los nuevos desarrollos han facilitado un crecimiento económico sin precedentes, un incremento en el acceso a la información

y soluciones innovadoras a desafíos históricos. Pero, al mismo tiempo, la alta dependencia de la humanidad sobre las nuevas tecnologías, sobre todo el internet y la alta interdependencia que esta ha creado, crean también nuevos desafíos y vulnerabilidades (Uzal, 2016 A).

Como apunta Castillo Argañarás (1996: 114), “el desarrollo de la ciencia y la tecnología se ha convertido en un factor de gran importancia en la práctica de la política internacional. Su dominio implica un enorme poder real”. Pocos analistas pondrían en duda la importancia de Internet en la moderna infraestructura global de la información, que proporciona una base para muchas características de la economía internacional, las telecomunicaciones y las acciones transnacionales de individuos y grupos de actores políticos (McEvoy, 2010: 381). En este sentido, Hansen (2014: 9) destaca que “en una era de rápida transformación, no hay revolución tecnológica moderna más significativa para sostener el ascenso de China que Internet”.

Los costos de mantener grandes ejércitos o desarrollar flotas de submarinos crea enormes barreras de entrada para algunos actores del sistema internacional. En contraste, las barreras de entrada al ciber-dominio son tan bajas que incluso actores no estatales y pequeños Estados pueden jugar significantes roles a niveles de costo muy bajos (Nye, 2011). Internet ya es un campo de batalla para todos los ejércitos del mundo. Sin embargo, el cambio y la innovación demandan ingentes recursos monetarios, por lo tanto el tope de gama de estas capacidades, armas y desarrollos se corresponden con los grandes poderes. La proliferación habilita mejoras, pero la creación de estos ingenios se encuentra aún concentrada, estructurando el sistema internacional jerárquicamente (Battaleme, 2016).

Con la guerra del Golfo de 1991, China noto una excesiva dependencia por parte de los Estados Unidos de las redes de información que le permitían cumplir objetivos de manera más

eficiente, convirtiéndolo en una debilidad (Blumenthal, 2013). Esta nueva forma de conducir la guerra llevó a los analistas militares de China a la conclusión de que los Estados con baja tecnología tendrán una desventaja táctica frente a los Estados equipados con alta tecnología (Ehsan Ahrari, 1997). Como plantea Flores (2015), los usos militares de las novedosas tecnologías han impulsado nuevas formas de librar la guerra que exhiben un salto cualitativo hacia un nuevo paradigma tecnológico.

Es trascendental la importancia que está adquiriendo el ciberespacio para el desarrollo de las operaciones militares. La dimensión ciberespacial, sin locación física específica propia, genera replanteos sobre las tradicionales categorías con las que se aborda la “guerra real” y exige, por la dinámica propia de la innovación tecnológica, una rápida adaptación para los sistemas de defensa respecto de sus componentes. “Los ciber conflictos, que involucran al poder militar de estados naciones, están evolucionando muy rápidamente, desde una posibilidad teórica analizada por estudiosos hacia amenazas muy concretas e inminentes” (Uzal, 2015: 3). Ejemplos claros son el ataque coordinado (supuestamente por parte de Rusia) a Estonia en el año 2007 y el ataque (supuestamente orquestado por Israel y los Estados Unidos en forma conjunta) a las centrífugas de la planta nuclear iraní de Natanz a través del famoso virus Stutnex, descubierto en 2010, pero operativo desde hacía un largo período.

El control del ciberespacio es central para adquirir información. Además, es útil para producir ataques disruptivos sobre un oponente, ya sea sobre su infraestructura o a través de la desarticulación de sus comunicaciones. Es así que las tecnologías asociadas al ciberespacio cuentan con el potencial de desestabilizar a un oponente o de ser los primeros pasos de una agresión de tipo convencional mucho mayor (Battaleme, 2015: 10). Desde el punto de vista de la visión realista sobre el ciberespacio, la guerra de información es un tipo diferente de batalla que

requiere estrategias y tácticas diferentes, pero sus objetivos y metas son los mismos (McEvoy, 2010: 386). Es por esto que en las últimas décadas muchos países vienen reorientando esfuerzos y recursos para resguardar no sólo los espacios tradicionales, sino también el cibernético (Flores, 2015). Como apuntan de forma clara Cohen y Burns (2017: 6):

“Cualquiera que se muestre escéptico ante el creciente papel que desempeña la cibercapacidad en la conducción de los asuntos exteriores sólo tiene que fijarse en las últimas elecciones presidenciales, en las que el ciberespionaje, las filtraciones y la seguridad de los datos fueron temas centrales. Esto no fue una anomalía. Debemos esperar que las futuras elecciones y los acontecimientos políticos aquí y en todo el mundo incluyan cada vez más aspectos de cibercapacidad, y tenemos que preguntarnos si estaremos preparados para hacer frente a estos retos”.

Es en este marco que los Estados Unidos y china han desarrollado unidades de seguridad nacional y Fuerzas Armadas que actualmente están desarrollando nuevas herramientas digitales para operar en distintos campos, desde el espionaje industrial hasta la guerra psicológica. La participación de los Estados en conflictos que se dan en el ciberespacio no constituye un acto voluntario ni es exclusivamente consecuencia de una decisión gubernamental. El desarrollo de capacidades de ciberdefensa ya es mandatorio para todos los estados naciones. Se trata de un asunto de alcance global e integral (Uzal, 2016 A).

La era del ciberespacio está testeando la habilidad de los gobiernos nacionales para adaptarse al cambio. La multiplicidad de actores y la variedad en las formas de interacción convierten al ciberespacio en un campo de batalla asimétrico donde los gobiernos son forzados a elevar sus capacidades para la defensa. Además, como apunta Battaleme (2016: 2):

“La incorporación de tecnología genera diferenciales que se traducen en ventajas concretas en los asuntos internacionales, tanto económicas como militares, para quienes las detentan y las pueden explotar. Estos procesos afectan a la estructura de poder doméstica como internacional. Algo resulta seguro: quienes no puedan seguirle el paso a estos cambios terminarán perdiendo posiciones de poder y, en determinadas áreas, quedarán en posiciones subordinadas. La tecnología en el campo económico y militar ayuda a la estratificación de sociedad internacional”

Es así que construir una fuerte defensa nacional y unas poderosas fuerzas armadas constituye una tarea estratégica en el proceso de la modernización de China y una garantía de seguridad para el desarrollo pacífico del país. La naturaleza cambiante de la guerra y el creciente énfasis en la guerra de información y la guerra electrónica fue advertida por los chinos ya desde la década de 1980 (McEvoy, 2010: 385). Pero el símbolo más potente del nuevo pensamiento chino sobre ciberseguridad se dio el 27 de febrero de 2014, cuando Xi Jinping se declaró a sí mismo director del Grupo Pequeño Líder en Seguridad de Internet e Informatización (ISILSG), declarando oficialmente el ciberpoder como parte de la estrategia nacional emergente de China (Hansen, 2014: 10).

Los líderes chinos ven al ciberespacio como esencial para fomentar el desarrollo económico, proteger y preservar el mandato del Partido Comunista Chino y mantener la estabilidad doméstica y la seguridad nacional. Dados estos intereses, las operaciones en el ciberespacio están apuntadas a cumplir 3 objetivos: fortalecer la competitividad de la Economía china adquiriendo tecnología extranjera a través del ciberespionaje, debilitar a los oponente del régimen y resistir a las presiones internacionales y a las ideologías foráneas mediante el control de redes y, finalmente, pero no menos importante, superar el dominio norteamericano en cuanto a

capacidades convencionales, especialmente mediante actos dirigidos a dañar el mando y control militar de un oponente y sus sistemas de armas, los cuales hoy en día dependen en gran medida de software y redes (Lewis, 2014: 2; Segal, 2017). Es importante tener en cuenta que todos los análisis apuntan a que China cuenta aún con escasas capacidades para atacar el territorio norteamericano, excepto mediante medios cibernéticos, lo que les otorga a los mismos una importancia estratégica.

La búsqueda de poderío en el ciberespacio es un asunto de interés nacional prioritario para China, fundamental para su ascenso, puesto que el dominio de la información es una herramienta de poder, sin informatización no hay modernización (Hansen, 2014: 11). Como apunta Lewis (2014: 1), desde que Xi Jinping asumió la dirección del Partido Comunista Chino en 2012 y asumió la presidencia de su nación, la ciberesfera se ha convertido en un ámbito estratégico aún más importante. Xi ha hecho hincapié en que el poder cibernético debería ser una prioridad nacional para China si el país quiere alcanzar su potencial económico, social y militar. Al respecto, el libro blanco de la estrategia militar china publicado en 2015 (STPRC, 2015) propone:

“China acelerará el desarrollo de una fuerza cibernética y mejorará sus capacidades de conocimiento de la situación del ciberespacio, defensa cibernética, apoyo a los esfuerzos del país en el ciberespacio y participación en la cooperación cibernética internacional, a fin de poner freno a las principales crisis cibernéticas, garantizar la seguridad de las redes nacionales y de la información y mantener la seguridad nacional y la estabilidad social”.

Y más adelante agrega:

“China dedicará más esfuerzos a la ciencia y la tecnología en la movilización de la defensa nacional, estará más preparada para la requisición de recursos de información y

creará fuerzas de apoyo especializadas. China aspira a construir un sistema de movilización de la defensa nacional que pueda satisfacer los requisitos de ganar guerras informatizadas y responder tanto a emergencias como a guerras”.

Queda claro que, para China, el desarrollo de la ciencia y la tecnología no solo tiene implicancias económicas, sino también, fundamentalmente, militares. El ciberespacio es para los chinos un ámbito de peligros y amenazas, pero también de desarrollos y oportunidades. Este dictum se aplica tanto al plano económico como al militar.

En línea con este trabajo, es importante destacar que la guerra cibernética es eminentemente asimétrica. No es un “lujo” que incumbe sólo a los países más poderosos (Uzal, 2016 A). A través del ciberespacio cualquier Estado que en términos de una guerra convencional pueda ser el Estado más débil, puede encontrar ventajas en el óptimo manejo del ciberespacio y dar en puntos vulnerables al poder duro del Estado más fuerte, descubriendo en el ciberespacio el escenario propicio para hacer menor las asimetrías convencionales a la hora de una confrontación bélica. Un país bélicamente débil puede comenzar una confrontación atacando infraestructura crítica del poder duro sin la necesidad de disparar una sola bala (Vargas, 2014).

El ciberespacio, el cual tiene sus propios mecanismos de balance de poder entre los actores, específicos de este ámbito, permite aplicar una lógica propia y diferente a la geoespacial en la relación entre actores fuertes y débiles (Flores, 2015). Las grandes potencias que hoy ostentan asientos permanentes en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas tienen una capacidad mayor que otros Estados y actores no estatales para controlar el mar, el aire y el espacio. Pero, según Nye (2012), casi no tiene sentido hablar de predominio en el ciberespacio, porque la dependencia de

sistemas cibernéticos complejos para el respaldo de actividades militares y económicas crea nuevas vulnerabilidades entre los más poderosos.

En este sentido, conviene destacar que incluso aquellos usos aparentemente menores del “ciber poder” pueden tener efectos disruptivos importantes y también constituyen graves amenazas (Uzal, 2015: 3). Lo importante es destacar que las acciones en el ciberespacio pueden tener consecuencias que excedan a este, que amplifiquen o sean equivalente a la violencia física. Es así que la cibercapacidad puede servir como una fuerza multiplicadora para poderes emergentes como China mientras que sus componentes militares tradicionales se mantienen por detrás en la carrera (Cohen y Burs, 2017). Ejemplo claro de este “potenciamiento” de las capacidades convencionales fue el ataque a Georgia por parte de Rusia en agosto de 2008, una operación multi dominio combinada entre ciberespacio y espacio convencional que demostró cómo las penetraciones creadas en la dimensión virtual pueden ser físicamente explotadas en otras dimensiones, como la aérea y la terrestre. Estas nuevas operaciones multi dominio implican nuevas formas de hacer la guerra y requieren nuevas formas de pensar la estratégica y la táctica, además de la colaboración entre las distintas ramas de las Fuerzas Armadas. Esto implica que lo importante no es solo quién tiene la tecnología, sino quién tiene la mejor doctrina para utilizarla de forma eficiente.

En esta línea, el experto argentino Roberto Uzal destaca que en el Campo de Batalla Cibernético, que es eminentemente “asimétrico”, no cuenta la cantidad de fábricas militares, de tanques, de destructores, de submarinos, de aviones de combate ni tampoco la cantidad de bases militares que posee el país considerado. Y agrega: “La disponibilidad de elementos o de unidades militares de Ciber defensa, constituidos por equipos de algunas decenas de Ciber Soldados, de muy elevado nivel de formación y adiestramiento, puede reposicionar a un país en el contexto global de la Defensa” (Uzal, 2016 B: 8-9). Los líderes chinos, en su mayoría actuando bajo el

paradigma realista, son bien conscientes que cualquier ambición de llevar a su país a ser el principal y más poderoso del mundo, está a décadas de concretarse, y que provocar un enfrentamiento directo con los Estados Unidos cuando están condenados a perder no tiene sentido. En el plano del ciberespacio pueden encontrar por el contrario la oportunidad de plantear una batalla en un campo donde la confusión reina, donde no termina de haber convenciones internacionales bien establecidas y donde las medidas cuantitativas de poder son menos relevantes (Brown, 2017: 98)

Desde un punto de vista realista, el ciberespacio presenta muchas ventajas únicas para el actor estatal, entre ellas la capacidad de actuar como multiplicador de la fuerza al permitir que un oponente más pequeño derrote a un oponente más grande, a veces sólo por intimidación. Desde el principio, el poder cibernético fue visto por los analistas chinos como un elemento disuasivo útil, así como un arma no convencional (McEvoy, 2010: 386).

La ciberguerra representa un medio de bajo costo para atacar a los Estados Unidos, dada su alta dependencia de armamento de alta tecnología y la importancia de la infraestructura informática por parte de la población civil (Fritz, 2008). Esto les otorga a los ciberataques un gran efecto disuasorio, ya que una interrupción en los servicios bancarios, de transporte, eléctricos o de agua sería altamente disruptivo y generaría importantes costos. Además, la utilización del reconocimiento cibernético le permite a China hacer ingeniería inversa para la producción nacional de equipos militares de alta tecnología. Para algunos autores, la intención de China es utilizar el espionaje cibernético para adquirir tecnología que alcance y supere a Occidente tanto económica como militarmente. Se plantea que China sigue siendo un importador neto de tecnología avanzada, y que a sus líderes les gustaría cambiar eso, siendo el ciberespionaje la preferida de las herramientas (Lewis, 2014: 3).

Asimismo, los estrategas chinos ya han percibido la dependencia de Estados Unidos por los medios electrónicos. Un claro ejemplo de esto es el GPS, que provee a Estados Unidos de comunicación táctica y navegación de precisión. También se pueden mencionar en el mismo sentido los sistemas de misiles defensivos y ofensivos, teniendo en cuenta que cada parte que los conforma requiere de alta tecnología e interconectividad, lo que los hace sumamente vulnerables. Ya en 1976, cuando Internet aún estaba en su infancia, el ingeniero de Boeing Thomas Rona acuñó la frase "guerra de la información", planteando la posibilidad de que la dependencia de Estados Unidos de las capacidades de información en función de su logística implicaba enormes responsabilidades, tanto ventajas como vulnerabilidades en caso de una confrontación bélica (Campen, Dearth y Goodden 1996:1). En el mundo cibernético, paradójicamente, aquellos con Fuerzas Armadas que más han avanzado en la adopción de sistemas de Comando y Control integrados, son los que deben esforzarse en cubrir sus "flancos débiles" derivados del uso intensivo de redes teleinformáticas complejas (Uzal, 2012: 43).

Además, los autores chinos de la guerra informática incorporan sus discusiones dentro de marcos ideológicos familiares, como la estrategia de la guerrilla maoísta (Mulvenon, 1999:182). Estratégicamente hablando, para China "la guerra cibernética puede implicar el ideal militar de Mao de combinar la centralización estratégica y la descentralización táctica" (Arquilla y Ronfeldt, 1993: 45). La capacidad de la ciberguerra de ejecutar un ataque preciso en el tiempo correcto corresponde con la tradición china, como puede notarse en Sun Tsu y Mao. Como hace notar Pillsbury (2000: 299), al golpear el "punto vital" de los sistemas de información y apoyo del enemigo, se le puede paralizar y derrumbar su moral de un solo golpe. En este sentido, hasta el día de hoy la determinación de Mao de enfrentar a enemigos más poderosos explotando sus debilidades sigue siendo un punto clave en la estrategia china.

Desde su concepción, las maniobras cibernéticas son asimétricas. Estas suelen ser diseñadas exclusivamente para atacar alguna debilidad del oponente, haciendo que sea dificultoso defenderse de manera eficiente cuando no se conoce su forma de actuar ni la vulnerabilidad que busca atacar. Además el ataque puede llegar a ser indetectable e imposible de especificar su fuente (Phillips, 2012). Por ello, existe un consenso general acerca del incremento de los riesgos existentes por el aumento de la interconexión entre los sistemas militares y civiles. Un sistema de defensa integrado es susceptible de ser neutralizado, hackeado o sobrepasado como consecuencia de un ataque sorpresa cibernético (Battaleme, 2016). Es así que el proceso de informatización que está fortaleciendo desde hace años a las fuerzas norteamericanas, desde una perspectiva asimétrica, también las hace más vulnerables debido a la dependencia del ciberespacio de sus programas militares (Feakin, 2013). Claro ejemplo son los sistemas de misiles, altamente informatizados. En estos casos, ni siquiera hace falta penetrar los sistemas que controlan cada misil en sí mismo; penetrar los sistemas en tierra que permiten localizar los objetivos e introducir las coordenadas en los misiles podría dejar a cientos de estos sin utilidad alguna en pocos segundos.

Hay datos que hacen pensar que el gobierno chino deriva fondos para financiar distintos grupos de hackers. Por otra parte, los servicios de inteligencia chinos continuamente realizan estudios sobre ciencia y tecnología para ayudar a conseguir los objetivos nacionales. Además de cooperar con Rusia, un país donde también existe un importante programa de ciberguerra, se sospecha que China tiene su propio modelo de uso de las tecnologías en ciberataques (Vargas, 2014). Como resultado, los hackers chinos han penetrado las redes del departamento de defensa con el objetivo de entender mejor las capacidades militares norteamericanas, acelerar la modernización del Ejército Popular de Liberación y prepararse para los conflictos militares y lograr la disrupción de las fuerzas americanas (Segal, 2017). Es por ello que Lewis (2014: 3) dice

que “las acciones de los hackers chinos son consistentes con el esfuerzo nacional más amplio para aumentar el poder nacional y el prestigio de China”.

Incluso contando con la mejor tecnología del mundo, ninguna revolución militar ha conferido una ventaja insuperable a sus inventores. Boot (2006: 16) destaca que los rivales suelen ser capaces de replicar estas capacidades con rapidez, incluso a veces aplicando mejores estrategias y tácticas para mejorar la efectividad de estas nuevas armas. China está replicando este patrón histórico. Los chinos han perfeccionado el espionaje industrial vía internet de manera consistente con sus intereses de cerrar la brecha tecnológica lo más rápidamente posible y al menor costo (Battaleme, 2016). Brown (2017: 97) argumenta que “estratégicamente, los chinos ven el ciber espionaje como un “juego justo” porque el espacio virtual los pone en pie de igualdad con los Estados Unidos: los dados no están cargados en contra de China, como si lo están en otras áreas de la relación”. Con el fin de dar un salto cualitativo en sus capacidades, el ejército chino ha robado información de varios programas de armas del Departamento de Defensa estadounidense, como el sistema de misiles Patriot, y códigos navales, entre otros documentos clasificados. Quizás el ejemplo más claro sea el desarrollo del avión de combate J31 chino, cuyo fuselaje es muy similar al del F-35 norteamericano (Segal, 2017).

Es así como el comportamiento de China en “nuevas” áreas como el ciberespacio generan profundas inquietudes sobre las intenciones de China. Tanto actores norteamericanos gubernamentales como privados enfrentan constantes amenazas de penetraciones de sus redes por parte de actores chinos. Si bien la mayor parte de esta actividad se limita al espionaje, ésta igualmente exagera la tendencia de ver a China como un enemigo (Twomey, 2014: 155)

El uso de tropas de hackers con el fin de robar datos clasificados no es nuevo. Entre 2003 y 2006 se dieron una serie de ataques contra instalaciones estadounidenses que fueron llamadas “Titan Rain”. Sus objetivos fueron tanto el departamento de Defensa y la NASA, al igual que empresas del sector privado como Lockheed Martin (que ha desarrollado los cazas de combate F-22 y F-35). Quizás el caso de ciber espionaje de mayor repercusión fue el ataque a la Oficina de Administración de Personal, que les permitió a los hackers chinos obtener números de seguridad social, chequeos de seguridad y otros datos sensibles (como huellas dactilares) de 21.5 millones de personas. Además, como agrega Segal (2017) estos registros incluían el “formulario estándar 86” que contiene información perfecta para el chantaje - registros de problemas financieros, uso de drogas, abuso de alcohol y asuntos adúlteros.

Sin embargo, estos no fueron los únicos casos de alto perfil de espionaje chino a Estados Unidos. Otros intentos de penetración se enfocaron en programas aeroespaciales, diseño de transbordadores espaciales, diseño del avión de combate F-16, propulsión submarina, computadoras de alto rendimiento, diseño de armas nucleares, datos de misiles de crucero, semiconductores, diseño de circuitos integrados y detalles de ventas de armas a Taiwán (Fritz, 2008). Esto demuestra que incluso para grandes Estados con avanzados programas de Ciberseguridad y amplios recursos, las amenazas avanzadas persistentes son muy difíciles de defender. La experiencia recogida en los últimos diez u once años muestra que ningún estado-nación está exento de la posibilidad de recibir demolidores Ciber Ataques que afecten su información vital o su Infraestructura Crítica (Uzal, 2016 B: 17). En manos especializadas, las capacidades cibernéticas pueden convertirse en verdaderas armas de disrupción masiva.

Los hackers chinos también han penetrado las redes civiles norteamericanas con el objetivo de prepararse para potenciales conflictos, dada la dependencia americana financiera, en

telecomunicaciones y en otras redes críticas. Un ataque altamente disruptivo o destructivo sobre estas redes podría reducir las posibilidades de Estados Unidos de triunfar, o incluso de involucrarse en un conflicto regional en el Asia Pacífico. Algunas intrusiones chinas en infraestructura crítica podrían incluso dejar intencionalmente evidencia tras ellas para alertar al hegemon estadounidense de que no sería inmune a los ataques en caso de un conflicto sobre Taiwán o el Mar del Sur de China, utilizando así las capacidades de ciberataque como herramienta disuasoria (Segal, 2017).

Es en este marco que algunas noticias que podrían pasar desapercibidas bajo otras circunstancias toman mayor relevancia. Un reporte del Congreso norteamericano, por ejemplo, revela que dos de sus satélites de monitoreo ambiental fueron interferidos cuatro o más veces en 2007 y 2008 a través de una estación terrestre en Noruega, y que el ejército chino es uno de los principales sospechosos. "El acceso a los controles de un satélite podría permitir a un atacante dañar o destruir el satélite. El atacante también podría negar o degradar, así como falsificar o manipular la transmisión del satélite", dice el informe (Wolf, 2011).

A través de esta serie de reportes, podemos concluir que el uso del ciberespacio significa para China el mantenimiento y el desarrollo de su poder en un área de relativa vulnerabilidad para los Estados Unidos. El desarrollo de ciber capacidades le permite compensar el dominio militar estadounidense a través de estrategias asimétricas y la mejora de sus capacidades convencionales. Son ejemplos claros el robo de planos para el desarrollo de nuevas armas tecnológicas y de información valiosa para el chantaje y la manipulación. Pero además, aunque aún no se ha dado el caso, una capacidad ofensiva en el plano digital podría llegar a permitirle a China obstruir los equipos satelitales que las fuerzas norteamericanas requieren para sus actividades de comando y control, generando caos entre sus filas. También se podría plantear la desactivación de sistemas de

defensa, el caos sobre infraestructura crítica estatal, y otro tipo de medidas inimaginables bajo los estándares de lucha convencionales. Las infraestructuras críticas y los sistemas de producción están conectados a internet y en muchas ocasiones lo hacen con poca o ninguna protección. En tal sentido, Friedberg (2011: 223) apunta:

“Un ataque cibernético exitoso podría tirar abajo sistemas utilizados por los militares, agencias de inteligencia y tomadores de decisiones civiles para recopilar datos, transmitir órdenes, coordinar logísticas y dirigir operaciones de combate. Pero incluso si estas redes se muestran muy difíciles de penetrar, ataques a redes domésticas de bancos, plantas de energía y computadoras de control de tráfico aéreo podrían producir caos, sembrar el pánico, distraer a los líderes y disminuir los esfuerzos por movilizar fuerzas norteamericanas y desplegarlas allí donde sea necesario”

Hasta la simple modificación de los códigos de barras impresos en las provisiones de guerra podría ocasionar dificultades difíciles de superar en una situación de conflicto armado en caso, por ejemplo, de que se entregara papel de baño allí donde se necesita comida. Múltiples ejercicios se han practicado planteando todo tipo de hipótesis al respecto, pero la conclusión siempre remite a los peligros de la alta dependencia de las fuerzas armadas actuales sobre la tecnología y la conectividad. Los avances en la capacidad de ataque y disrupción en esas áreas implican una ventaja estratégica que, aunque no reemplaza, si puede compensar parcialmente la inferioridad relativa de la República Popular China en el plano convencional.

Por todo esto, Singer y Friedman (2014) plantean que en el campo de la Ciberseguridad Estados Unidos, con sus altas capacidades y a su vez su alta dependencia sobre la conectividad, es como un gigante que puede arrojar grandes ataques de piedras, pero que vive en una casa de

cristal. En el campo de la ciberseguridad, la superioridad técnica no necesariamente otorga seguridad o siquiera confort (Christensen, 2015: 87). Mike Mc Connell, director de Inteligencia Nacional de los Estados Unidos entre 2007 y 2009, testificó ante el Senado del país que “si la nación fuera a la guerra hoy, en una ciberguerra, nosotros perderíamos. Nosotros somos más vulnerables. Nosotros somos los más conectados. Nosotros tenemos mucho más que perder” (Singer, y Friedman, 2014: 151). Por su parte, el Director de la Defense Advanced Research Project Agency (DARPA) señaló que las ciberdefensas han crecido exponencialmente en esfuerzo y complejidad, pero continúan siendo derrotadas por ataques que requieren mucho menos investigación por parte de los atacantes (Flores, 2015). Estados Unidos simplemente no puede protegerse totalmente de la diversidad de las amenazas que supondría una guerra en el campo cibernético.

Los resultados más importantes de un ciberataque suelen ser efectos no quinticos intangibles, como crear confusión, formar opinión pública y discutir información o servicios. Las ciber armas pueden causar daño físico en ciertas circunstancias, pero esos efectos requieren habilidades muy avanzadas, consumir mucho tiempo y pueden producir a veces beneficios militares muy limitados (Lewis, 2016). Pero en una estrategia de tipo asimétrica, los beneficios militares que se suelen medir en las tácticas de una confrontación convencional son también ponderados frente a los objetivos estratégicos de mediano y largo plazo. Las ganancias en el plano militar son solo una parte de un plano mucho mayor, que analiza el impacto político y social de cada maniobra. Una pérdida de confianza en la información financiera y en las transferencias electrónicas podría causar una rebelión económica.

Se ha sugerido que una razón por la que hasta ahora no se han usado con mayor frecuencia las armas cibernéticas es precisamente la incertidumbre acerca de los efectos sobre los objetivos

civiles y sus impredecibles consecuencias (Nye, 2011). Pero esto también quiere decir que la defensa del ciberespacio tiene implicaciones civiles y económicas altamente importantes y esto lo convierte en un objetivo estratégico (Vargas, 2014).

“La ciberguerra pone en tela de juicio los fundamentos mismos de la forma de hacer la guerra. La ciberguerra obtiene resultados importantes a bajo costo. Es más barato movilizar 10 mil computadoras que 10 mil soldados. La tecnología de las redes reequilibra la geopolítica” (Arpagian, 2010). Las capacidades cibernéticas cambian el concepto de la guerra convencional, en aspectos tanto tácticos como estratégicos, y hasta en términos éticos, teniendo en cuenta los objetivos que podrían ser afectados por estas operaciones. A su vez, cambian la naturaleza esencialmente militar de la guerra. Será en el futuro la estrategia preferida del débil contra el fuerte (Mancera, 2014: 93).

CONCLUSIONES

"La guerra es un grave asunto del estado; es un lugar de vida y muerte, una vía hacia la supervivencia y extinción, una cuestión que hay que reflexionar detenidamente"

Sun Tzu (Siglo IV a.c.)

Desde el fin de la Guerra Fría, e incluso antes, los Estados Unidos han sido bajo cualquier medida el país más rico y poderoso, mientras que China ha sido aquel cuyas capacidades han crecido más rápido año a año. La historia está repleta de ejemplos de relaciones conflictivas y comúnmente violentas relaciones entre Estados de rápido crecimiento y sus “alguna vez dominantes” rivales (Friedberg, 2011: 39). Como se ha visto en la introducción y el capítulo 1 de este trabajo, hay muchos indicios que revelan que esta vez la situación difícilmente será diferente.

Una de las principales razones por las que China ha sido tan exitosa económicamente en los últimos 20 años es debido a que no ha tenido intenciones de luchar de forma directa con los Estados Unidos. Pero esa lógica podría también aplicarse a Alemania antes de la 1era Guerra Mundial y a Alemania y Japón antes de la 2da Guerra Mundial (Mearsheimer, 2014). La era de la convivencia pacífica podría estar terminándose. Frente al creciente ascenso de China en todos los ámbitos del poder, las próximas décadas probablemente no vean un mundo post americano, pero sí uno donde Estados Unidos necesitará de una estrategia inteligente que combine los recursos de poder duros y blandos, que enfatice las alianzas y las redes que responden a este nuevo contexto de la era de la información global (Nye, 2012). Sin embargo, con el paso del tiempo, los avances tecnológicos de China, aunque no necesariamente significaran una victoria para la potencia

asiática en el caso de una confrontación bélica, impondrán costos mucho mayores a los Estados Unidos (RAND, 2016: XIII).

Estamos asistiendo al ocaso de la estabilidad estratégica que proveían las armas nucleares, núcleo de las relaciones entre los grandes poderes. De forma perceptible, estamos retornando al dominio de una estructura internacional ofensiva, por encima de una defensiva (Battaleme, 2016). En este marco, es probable que las futuras amenazas planteadas por los adversarios de Estados Unidos estén caracterizadas por estrategias asimétricas. Si bien la doctrina militar de Estados Unidos exige una protección integral de sus fuerzas, esta protección es extremadamente cara y difícil de alcanzar en la actualidad.

Los desarrollos tecnológicos han provocado el surgimiento de nuevas tendencias que van a caracterizar los conflictos modernos, caracterizados por la baja probabilidad del desarrollo de una guerra simétrica clásica (Herrera, 2013) y la presencia de sistemas de armas altamente informatizados. Esta nueva guerra tecnológica, que implica actuar sobre lo desconocido, lo incierto y lo inesperado, “deberá desplegar toda la creatividad del ser humano para estar un paso delante de los ingenios creativos oponentes que puedan ser empleados para causar daños en sus países” (Battaleme 2002: 26).

El énfasis de la nueva dirección en la inversión militar ya no son las armas explosivas de tamaño cada vez mayor, hoy día las grandes amenazas provienen de la computadora ordinaria, que puede causar estragos en la organización virtual del espacio de batalla, así como en el mercado comercial (Kim E. , 2003). Estos nuevos desarrollos también demuestran que China no necesita ponerse al día completamente con los Estados Unidos para desafiar su capacidad militar, los

desarrollos no convencionales y de alta tecnología de China hacen que las capacidades convencionales queden en segundo plano y la brecha de poder se reduzca ampliamente.

Los nuevos desarrollos en capacidades militares de China podrían significar que la guerra no necesariamente vaya en el sentido que los planificadores norteamericanos han estimado. Mientras que en algún momento una victoria clara de los Estados Unidos era prácticamente segura, la mayoría de los análisis hoy día apuntan a un conflicto de desgaste extendido en el tiempo con batallas inconclusas y altos costos (militares y económicos) para ambas partes (RAND, 2016). Es así que la necesidad de pensar en una guerra con China se hace cada vez más apremiante para los Estados Unidos debido a los desarrollos militares tecnológicos de la potencia asiática, desarrollos que influirán de forma directa en el desenlace de una confrontación bélica.

El mantenimiento de la ventaja tecnológica ha sido siempre un factor clave en la constitución de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos. Su confianza en la primacía de sus capacidades tecnológicas ha sido el sello distintivo de los militares y políticos desde la 2da Guerra Mundial y es lo que les ha permitido estar dispuestos a utilizar la fuerza militar con una mayor frecuencia que otras grandes potencias. La forma de hacer la guerra de los Estados Unidos se encuentra influenciada en gran medida por su dominio sobre la tecnología y sus ventajas comparativas frente a otros rivales, estructurando una suerte de “fe” ciega en la superioridad tecnológica y su impacto en los resultados (Battaleme, 2017). Sin embargo, el catch up tecnológico de la República Popular China y sus nuevos desarrollos, como los analizados en los capítulos 4 y 5, podrían revertir la ecuación. Temiendo una equiparación en el futuro cercano de sus fuerzas, la potencia norteamericana podría volverse aún mucho más proclive a la guerra frente a la potencia asiática. Como puntualiza Corigliano (2013: 24), “serán el tiempo y las circunstancias políticas de los Estados Unidos – pero también el y las de China, con voces

divididas en su propio debate interno acerca del lugar de los Estados Unidos y del resto de Occidente en su agenda externa – los que evidentemente marcarán el ritmo, el marco y el resultado de ese zigzagante debate”.

La beligerancia en el quinto dominio, el ciberespacio, y la incorporación de sistemas de armas que corren sobre las tecnologías de la información están facilitando el empleo de las mismas sin tener en claro sus consecuencias (Battaleme, 2016). Para los Estados Unidos, en la actualidad, los mayores costos desde el campo digital provienen desde el espionaje y el crimen, pero en las décadas por venir, el terrorismo y la guerra pueden convertirse en amenazas mayores (Nye, 2011). Como apunta el experto argentino en Ciberguerra Roberto Uzal, “las agresiones que se han verificado entre estados-naciones, utilizando una nueva generación de armamento basada en sofisticados programas de computadoras, obligan a repensar las relaciones internacionales y a redefinir las incumbencias de lo que conceptual e instrumentalmente se entiende como Defensa Nacional” (Uzal, 2012: 45).

Además, y este es un punto importante de destacar, si la “*Trampa de Tucídides*”⁶ es de por sí peligrosa, la ciberseguridad hace que ésta tome nuevas formas, con consecuencias aún más difíciles de evitar. Como plantea Ben Buchanan (2017), investigador posdoctoral de Harvard, esto se da porque los Estados tienen incentivos para penetrar redes extranjeras, sea para conducir ataques, para elaborar planes de contingencia y disuasión o para mejorar sus defensas. En el ciberespacio es difícil diferenciar los actos apuntados a la inteligencia y aquellos pavimentando el camino para un subsecuente sabotaje: ambos requieren obtener accesos especiales a los sistemas, lo que puede ser malinterpretado en caso de ser descubierto (Twomey, 2014: 155). La imposibilidad de detectar las verdaderas intenciones crea riesgos de malas interpretaciones y

⁶ Ver introducción

escalamiento por parte de otros. Esta posibilidad aumenta por el temor y desconocimiento sobre lo que la intrusión podría implicar, pues operaciones con muy variados objetivos y efectos pueden requerir grados similares de penetración. Mientras más naciones desarrollan ciber capacidades de defensa y ataque, el problema empeora. El dilema de seguridad en el campo cibernético es más peligroso y aún más difícil de superar que en el campo convencional.

Todo esto demuestra que incluso los avances en conocimiento, tecnología y desarrollo económico no servirán para cambiar lo fundamental de la naturaleza humana o de las relaciones internacionales. Por el contrario, incrementos en el poder humano, el bienestar y la tecnología pueden servir para intensificar el conflicto entre grupos sociales y aumentar la magnitud de la guerra (Gilpin, 1988).

En este marco donde la Guerra Hegemónica es un peligro real, si Estados Unidos desea mantener su posición como hegemón y el sistema internacional que ha construido, no puede desatender los desarrollos en materia de capacidad ofensiva de China en el plano no convencional, especialmente en el campo cibernético. China ya parece haber atendido su inferioridad en el plano convencional y, consecuentemente, se prepara para una posible confrontación de la forma que mejor lo considera. En un mundo donde la comparación de las capacidades convencionales no es suficiente para establecer el ganador de una confrontación, una lectura compleja del sistema y de su ubicación en el mismo le ha permitido identificar sus fortalezas y sus debilidades y generar desarrollos para sobrellevar estas últimas. Tal y como describe Pillsbury (2015: 137): “Los líderes chinos están jugando un juego a largo plazo, apuntado a desarrollar sus fuerzas de disuasión de forma paciente y mejorar sus fuerzas convencionales de forma gradual”. China no solo está pensando en grande; está pensando de forma inteligente.

La presente tesis ha avanzado sobre el concepto de Guerra Asimétrica atendiendo a una posible y probable confrontación entre los principales actores del sistema internacional de la actualidad. Habiendo realizado una comparación de sus capacidades militares convencionales, que da cuenta de la supremacía norteamericana aún existente, se planteó luego un análisis exploratorio sobre algunos los nuevos desarrollos de China en materia no convencional, con especial énfasis en la ciberguerra y la ciberseguridad. Estos nuevos desarrollos podrían servir a China no solo para lograr estrategias de disuasión, sino para superar o al menos reducir la brecha de capacidades convencionales en caso de una confrontación. En este sentido, lo observado en los capítulos 4 y 5 es compatible con la hipótesis esgrimida en la introducción del trabajo, habiéndose cumplido los objetivos generales y específicos planteados.

Sin dudas será importante seguir indagando sobre esta nueva faceta de la modernización militar de china, pues esta tendrá consecuencias trascendentales para el futuro de su relación con los Estados Unidos y para la paz y la seguridad internacional. Se considera que el principal aporte de esta tesis ha sido el de conjugar los conceptos de Guerra Asimétrica y Desarrollos No Convencionales para analizar los nuevos despliegues militares de China en el período bajo estudio. La mayoría de los analistas están de acuerdo en que la guerra asimétrica podría convertirse en la norma de los debates militares en el futuro. Esto no sólo tendrá consecuencias en la futura estructura y educación de las fuerzas armadas, sino también en la política internacional de seguridad y defensa (Battaleme, 2005). Dada la importancia de estas cuestiones, se espera desarrollar nuevas investigaciones a futuro en esta dirección.

Como limitaciones de este y otros futuros trabajos se destaca el misterio y la poca información que rodea gran parte de los desarrollos militares de China, los cuales únicamente

podieron ser superados atendiendo a Organismos Internacionales y fuentes nacionales de otros Estados con especial interés en tales desarrollos militares.

Al mismo tiempo, introducir los conceptos de guerra asimétrica y desarrollos no convencionales tiene como consecuencia la apertura de nuevas preguntas de investigación, como por ejemplo: ¿Qué contramedidas está planteando los Estados Unidos frente a los nuevos desarrollos de China? ¿Cómo impactan estos desarrollos en las percepciones estratégicas de otros actores de la región? ¿Cómo evolucionará la relación de China con otros actores de la región frente a su ascenso como potencia y la disminución en la brecha de capacidades militares con los Estados Unidos? ¿Qué aspectos de las fuerzas armadas de los Estados Unidos aún le otorgan ventajas estratégicas y no han sido atendidos por las fuerzas chinas? ¿Cómo podrían desarrollarse medidas de fomento de confianza para evitar futuros conflictos frente a los nuevos desarrollos de China? Se proyectan investigaciones sobre estas temáticas a futuro.

Vivimos una era de cambio y un cambio de era, determinado por la globalización de la sociedad de la información y sus efectos. Determinado, también, por el desplazamiento del centro de gravedad global hacia Asia Pacífico y la emergencia simultánea de China y la India. Determinado por la conformación de China como potencia global y su centralidad en el sistema internacional. Manejar esta transición será la principal tarea de los líderes globales para asegurar la paz y la seguridad internacional.

Zakaria (2011) argumenta que el peligro de las democracias occidentales “no es la muerte, sino la esclerosis”. Los múltiples desafíos que enfrentan (presiones presupuestarias, parálisis políticas, estrés demográfico), apuntan a un crecimiento extremadamente lento antes que a un colapso. Pero esta transición lenta podría multiplicar las posibilidades de un conflicto. En un

mundo donde los Estados Unidos retiene su preeminencia militar mientras que su dominio económico se deteriora de forma lenta, la tentación a sobrereaccionar a las amenazas percibidas aumentará, incluso cuando el margen de error para absorber los costos de estos errores irá decayendo. No se puede desestimar que una vez que una guerra comienza, por más limitada que sea esta, esta se salga de las manos, tal como los resultados de la Guerra del Peloponeso, que devastó la Grecia clásica, no fueron anticipados por los grandes poderes de la época (Gilpin, 1988: 613).

Como planteaba Christensen ya a principios de milenio, la evaluación de los nuevos desarrollos y estrategias de China no solo es importante para plantear respuestas en el campo militar, sino, en un aspecto mucho más fundamental, porque la percepción asiática sobre los mismos puede tener un impacto en los incentivos para iniciar una guerra. Si las elites chinas se convencen de que unas capacidades militares relativamente limitadas acompañadas de nuevos tipos de tácticas podrían permitir el uso de la fuerza contra las fuerzas norteamericanas, entonces la guerra entre Estados Unidos y China se convierte en una posibilidad muy real (Christensen, 2001: 10). Este autor agrega que, “especialmente si el objetivo es prevenir conflictos con China, no sólo diseñar formas de ganarles en el campo de batalla, entonces es importante estudiar por qué la política, las percepciones y las nuevas capacidades podrían alentar a China a usar la fuerza contra un Estados Unidos más fuerte y sus amigos y aliados” (Christensen, 2001: 13)

Mientras la influencia de China crece y otros poderes emergentes luchas por los recursos, la seguridad y la ventaja económica, el potencial para los conflictos de intereses y los errores de cálculo se incrementa (Brzezinski, 2012: 1). Tanto Estados Unidos como China deben ser conscientes de lo que una confrontación podría implicar. En el marco actual, ambas partes poseen las capacidades y el ingenio para infligir daño catastrófico al otro. Además de las devastaciones

militares, una confrontación prolongada entre China y los Estados Unidos alterará de forma radical la economía internacional con consecuencias fatídicas para el mundo entero (Kissinger, 2012). En suma, el riesgo de que una confrontación entre ambas potencias lleve a las hostilidades, la declinante habilidad de los Estados Unidos de ganar control militar operacional, las crecientes capacidades militares destructivas de ambas fuerzas, la vulnerabilidad de ambas economías y el potencial de una lucha prolongada con resultados devastadores demandan pensar de forma seria las mejores formas de evitar cualquier tipo de enfrentamiento.

“La inseguridad continua siendo la característica definitoria de la vida internacional. Incluso si la guerra entre grandes poderes es cosa del pasado para algunos, la rivalidad entre los grandes poderes ciertamente no lo es” (Friedberg, 2011: 39). Los Estados Unidos y la República Popular China están hoy día atrapados en una tranquila pero cada vez más intensa lucha por el poder y la influencia, no solo en Asia, sino en todo el mundo. Si bien no existe hoy una amenaza bilateral directa a los Estados Unidos por parte de China como existía con la Unión Soviética durante la Guerra Fría, las dinámicas de un sistema internacional anárquico marcado por el ascenso relativo de la nueva potencia como el que vemos hoy en día (espirales, malas interpretaciones, protección de terceros actores, diferentes interpretaciones de las normas internacionales) pueden llevar a un conflicto no advertido ni deseado por las partes (Twomey, 2014: 159).

Hace más de 2400 años el gran historiador ateniense Tucídides ya advertía: “Fue el ascenso de Atenas, y el miedo que inspiró en Esparta, lo que hizo la guerra inevitable”. En este marco, las recurrentes tensiones en el Mar de China, los discursos amenazantes de ambos presidentes, las guerras comerciales y los ciberataques recíprocos cada vez más comunes toman otro carácter.

Ambas partes están jugando su papel en el aumento de las tensiones. Consecuentemente, la modernización y expansión del poder militar chino no debe ser desatendida.

Como apunta Battaleme (2009: 30), “la transición actual, que es la que conduce el cambio, es en definitiva una nueva lucha por el poder. Del resultado de la misma surgirá el escenario de nuestra existencia en el tiempo porvenir”. Solo el tiempo dirá si la teoría de la guerra hegemónica se mantiene verdadera en la era nuclear (Gilpin, 1988: 613). El punto es que en la actualidad una guerra hegemónica entre estas superpotencias es posible y que de ocurrir, se luchará bajo las estrategias y los medios que cada parte considere más convenientes. Los resultados serán devastadores para ellas, pero también para el mundo entero.

BIBLIOGRAFIA⁷

Allison, G. (2017). *Destined for War: Can America and China Escape Thucydides's Trap?* Houghton Mifflin Harcourt.

Arpagian, N. (2010). "La ciberguerra ha comenzado". Entrevista por Eduardo Febbro. *Página 12*. 09 de mayo de 2010. <https://www.pagina12.com.ar/diario/elmundo/4-145379-2010-05-09.html>

Arquilla, J. & Ronfeldt, D. (1997). Cyberwar Is Coming!. En Arquilla, J. & Ronfeldt, D. *In Athena's Camp: Preparing for Conflict in the Information Age*. Pp. 23-60. RAND.

Arreguín-Toft, I. (2001). How the Weak Win Wars: A Theory of Asymmetric Conflict. *International Security*, Vol. 26, No. 1, pp. 93-128

Babbie, E. (1996). *Manual para la práctica de la investigación social*. Bilbao. Desclée De Brouwer.

Banco Mundial (2015). República Popular China; Recuperado el 23 de noviembre de 2017: <http://datos.bancomundial.org/pais/china>

Battaleme, J. (2002). Revoluciones en asuntos militares. Cambios en el sistema internacional. Ponencia en *Ier congreso de Relaciones Internacionales*. Instituto de Relaciones Internacionales. Universidad Nacional de la Plata. Noviembre 2002. Buenos Aires.

Battaleme, J. (2005). Asymmetric Security Threats in the Era of Globalization. Ponencia en el congreso internacional *Sovereignty and asymmetric threats - Rethinking the Principle of Non-*

⁷ Citación bajo normas APA 6ta edición

Intervention at the beginning of the 21st Century. 14 de diciembre de 2005. National Defense Academy Vienna. Vienna

Battaleme, J. (2009). Posibles futuros: Transición y cambio en la política internacional. *Documentos de Trabajo*. Universidad del CEMA. Nro. 396. Mayo 2009. Buenos Aires.

Battaleme, J. (2015). Cambiando el Status Quo de la política internacional: El acceso a los espacios comunes y las estrategias de negación de espacio y antiacceso. <https://repositorio.uade.edu.ar/xmlui/bitstream/handle/123456789/6367/A15S21%20-%20Ponencia%20Completa.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

Battaleme, J. (2016). El campo de batalla en la actualidad. Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI). Artículo presentado en la *Reunión del Grupo de Trabajo sobre la inserción de la Argentina en el mundo*. 11 de Noviembre de 2016.

Battaleme, J. (2017). EEUU en guerra: Incidencia del factor tecnológico militar en su postura estratégica. *Documentos de trabajo*. Universidad del CEMA. Nro 606. Marzo 2017. Buenos Aires. Argentina.

Baylis, J. (1999). International and Global Security in the Post - Cold War Era. En Baylis, J. y Smith, S. (Ed.) *The Globalization of World Politics*. Oxford : Oxford University Press.

Bennett, A. & Elman, C. (2007). Case Study Methods in the International Relations Subfield. *Comparative Political Studies*; 40; 170

Bennett, B. (1998). What are asymmetric strategies?. National Defense Research Institute .

Bennett, B., Twomey, C. & Treverton, G. (1999). What Are Asymmetric Strategies?. RAND. <https://www.rand.org/content/dam/rand/pubs/documented_briefings/2005/DB246.pdf>

Biddle, S., & Oelrich, I. (2016). Antiacceso chino / negación de área, batalla tierra aire de Estados Unidos en el este de Asia. *International Security*, Vol. 41, No. 1.

Blumenthal, D. (2013). How to Win a Cyberwar with China. *Foreign Policy*. Foreignpolicy.com. <http://foreignpolicy.com/2013/02/28/how-to-win-a-cyberwar-with-china-2/>. Recuperado el 14/01/2018

Bolinaga, L. D. (2015). Del socio inglés a la asociación estratégica con China: Argentina y el Realismo Periférico. *Revista de Estudios Transfronterizos*. XV(1). Santiago de Chile. Enero-Junio de 2015

Boot, M. (2006). *War made new. Weapons, warriors and the making of the modern world*. New York. Gotham Books.

Brown, K. (2017). *China's world. What does China want?*. I.B. Tauris & Co. Ltd

Brzezinski, Z. (2012). *Strategic Vision. America and the Crisis of Global Power*. New York. Basic Books.

Buchanan, B (2017). *The Cybersecurity Dilemma: Hacking, Trust and Fear Between Nations*. Oxford University Press.

Buhlmann, C. (2009). Asymmetric strategies. *Military power revue der Schweizer Armee*.

Campen, A., Dearth, D., & Goodden, R. T. (1996). *Cyberwar: security. Strategy, and Conflict in the Information Age*. Fairfax, VA: AFCEA International Press

Castillo Argañaras, L. F. (1996). La utilización de fuentes de energía nuclear en el espacio ultraterrestre. *Revista Colección*. Revista de la UCA P. 113 – 121. N°. 4, págs. 113-121.

Christensen T. J. (2001). Posing Problems without Catching Up. China's Rise and Challenges for U.S. Security Policy. *International Security*, Vol. 25, No. 4, pp. 5–40

Christensen, T. J. (2015). *The China challenge: Shaping the choices of a rising power*. WW Norton & Company.

CIA: Central Intelligence Agency (2017). The CIA World Factbook: China. Recuperado el 14 de Nov de 2017. <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/geos/ch.html>

Cohen, J. y Burns, W. (2017). The rules of the Brave new cyberworld. *Foreign Policy*. Foreignpolicy.com. <http://foreignpolicy.com/2017/02/16/the-rules-of-the-brave-new-cyberworld/>. Recuperado el 16/02/2018.

Colley, S., & Cordesman, A. (2015). La estrategia y modernización militar de China en 2015: Un análisis comparativo. A Report of the CSIS Burke Chair in Strategy.

Collier, D. (2011). Understanding Process Tracing. *Political Science and Politics*, 44, No. 4 (Oct): 823-30.

Corigliano, F. (2013). El estatus de china. El lugar actual y futuro del gigante asiático en la discusión académica y política de los Estados Unidos. *Revista criterio*. N 2389 enero, febrero, 2013. P 19 – 24.

Corigliano, F. (2014). Configuraciones de orden (¿o de desorden?) mundial, de Westfalia a nuestros días. *Mural Internacional*. Vol 5. N° 1. Enero – Junio 2014. Pp. 56 – 70.

Deng, Y. (2001). Hegemon on the offensive: Chinese Perspectives on U.S Global Strategy. *Political Science Quarterly*.

Dennis, B. (2017). Peace through strength: Deterrence in chinese military doctrine.

Edwards, M. G. (2007). Accounting for the Unaccounted: Weak-Actor Social Structure in Asymmetric Wars . *International Studies Quarterly*, Vol. 51, No. 3 .

Ehsan Ahrari, M. (1997). U.S. Military Strategic Perspectives on the PRC: New Frontiers of Information-Based War. *Asian Survey*, Vol. 37, No. 12, pp. 1163-1180

Ekmektsioglou, E. (2015). Armas hipersónicas y control de escalada en el este de Asia.

Erickson, A. (2017). Desarrollo de misiles balísticos antiaéreos chinos y esfuerzos de contra intervención. Washington, DC: Testimony before Hearing on China's Advanced Weapons .

Erickson, A., & Heath, T. (2015). ¿Está China persiguiendo la contraintervención? *The Washington Quarterly*.

Erwin, S. (2018). U.S. intelligence: Russia and China will have 'operational' anti-satellite weapons in a few years. *Space News* Spacenews.com. <http://spacenews.com/u-s-intelligence-russia-and-china-will-have-operational-anti-satellite-weapons-in-a-few-years/>. Recuperado el 10/03/2018.

Escudé, C. (2011 A). China y la inserción internacional de Argentina. *Documentos de trabajo* de la Universidad del CEMA. 462. Buenos Aires: Universidad del CEMA.

Escudé, C. (2011 B). China y las etapas históricas de la inserción internacional de Argentina. *Revista DangDai*. 26 de Septiembre de 2011.

Escudé, C. (2014 A). China y Estados Unidos frente a América Latina. *Horizontes Latinoamericanos - Revista de Humanidades e Ciências Sociais do Mercosul Educacional*, 2(1). Junio de 2014.

Feakin, T. (2013). Enter the Cyber Dragon: Understanding Chinese intelligence agencies' cyber capabilities. *ASPI*, N° 50

Fenby, J. (2014). *Will China dominate the 21st century?*. Cambridge. Polity Press.

Flores, H. R. (2015). Una visión de las amenazas ciberespaciales y la defensa. CARI Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales. *Boletín del ISIAE*. N° 60. Septiembre de 2015.

Friedberg, A (2011). *A contest for supremacy. China, America, and the struggle for mastery in Asia*. New York. Norton & Company.

Fritz, J. (2008). How China will use cyber warfare to leapfrog in military competitiveness. *Culture Mandala: The Bulletin of the Centre for East-West Cultural and Economic Studies*, Vol. 8, No. 1

Fu, Q. (1999). Deepen the Study of the Characteristics and Laws of High-Technology Local War and Raise the Standard of Guidance for Winning High-Technology Local War of the Future. *Zhongguo Junshi Kexue*, February 20, 1999, pp. 6–14, en FBIS–China, July 1, 1999.

Fukuda, J. (2014). Cómo contraterrestar las capacidades A2/D2 de China. *IIPS Quarterly*, Volume 6 Number 1 Policy Research.

Gilpin, R. (1981) *War and Change in World Politics*. Cambridge: Cambridge University Press, 1981.

Gilpin, R. (1988). The theory of Hegemonic War. *The Journal of Interdisciplinary History*, Vol. 18, No. 4. Pp. 591 - 613

Goldstein, A. (2001). The Diplomatic Face of China's Grand Strategy: A Rising Power's Emerging Choice. *The China Quarterly*, No. 168.

Grevi, G. (2009). The Interpolar World: A New Scenario. *European Union Institute for Security Studies, Occasional Paper Nro.79*, June 2009.

Heath, T. R., Gunness, K., & Cooper, C. (2016). El EPL y el rejuvenecimiento de la seguridad nacional de China: estrategias militares, conceptos de disuasión y capacidades de combate.

Haas, R. (2008). La Era de la No Polaridad. *Foreign Affairs Latinoamérica*. Vol. 8. N° 3.

Hagt, E., & Durnin, M. (2009). Misil balístico antibuque de China. *Naval War College Review*, Autumn 2009, Vol. 62, No. 4.

Hanham, M. (2017). China's happy to sit out the nuclear arms race. *Foreign Policy*. 30 de Enero de 2017. <http://foreignpolicy.com/2017/01/30/chinas-happy-to-sit-out-the-nuclear-arms-race/>. Recuperado el 20/03/2018

Hansen, S (2014). China's emerging cyberpower: elite discourse and political aspirations. En *China's cyberpower: International and domestic priorities. Special Report*. Ed. Lewis, J. & Hansen, S. ASPI. Australian Strategic Policy Institute. November 2014.

Hasler, J. (2012). Continuidades en el pensamiento sobre guerra de China.

Herrera, C. A. (2013). *Caracterización de la guerra asimétrica*. Universidad Militar Nueva Granada.

Herz, J. (1950). Idealist Internationalism and the Security Dilemma. *World Politics*. Vol. 2, no.2: 171-201. Cambridge University Press.

Houging, W. y Xingye, Z. (2000). *Estudios de Campaña militar*. Beijing. National Defense University Press. Mayo de 2000.

Hui, X (2014). Military Developments. En Hachigian, N. (Ed.) *Debating China*. New York. Oxford University Press. Pp. 152 – 175

IISS, T. I. (2015). *The Military Balance 2015*. Glasgow, Reino Unido: Routledge. Taylor & Francis Group.

IISS, T. I. (2016). *The Military Balance 2016*. Glasgow, Reino Unido: Routledge. Taylor & Francis Group.

Jervis, R. (1979). Why Nuclear Superiority Doesn't Matter. *Political Science Quarterly*. Vol. 94, No. 4 .

Johnson, J. S. (2017). Los misiles antibuque de China y la amenaza una nueva carrera de armas. Newsweek.com. <http://www.newsweek.com/china-missiles-threaten-new-arms-race-us-574590>. Recuperado el 20/03/2018.

Kaufman, M., & Linzer, D. (2017). China criticada por prueba de misiles anti satélites. The Washington Post. <http://www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2007/01/18/AR2007011801029.html>. Recuperado el 20/03/2018.

Kennedy, P. (1987). *The rise and fall of the Great Powers*. Vintage. New York

Kim, E. (2003). Guerra de alta tecnología. E297A.

Kissinger, H. (2012). The Future of U.S.-Chinese Relations. *Foreign Affairs*. Marzo – Abril 2012.

Disponible en: <https://www.foreignaffairs.com/articles/china/2012-03-01/future-us-chinese-relations>

Lai, D. (2004). *Learning from the stones: A Go approach to Mastering China's strategic concept, Shi*. Strategic Studies Institute.

Layne, Christopher (2011). The unipolar exit: beyond the Pax Americana. *Cambridge Review of International Affairs*, 2011, Vol. 24.

Leeds, B. A. (2017). *The Alliance Treaty Obligations and Provisions (ATOP) project*. Datos recuperados el 27/12/2017. <http://atop.rice.edu/home>

Levy, J. S. (1985). *Theories of General War*. Cambridge University Press.

Lewis, J. (2014). Economic Warfare and Cyberspace. En China's cyberpower: International and domestic priorities. Special Report. Ed. Lewis, J. & Hansen, S. ASPI. Australian Strategic Policy Institute. November 2014.

Lewis, J. (2016). Cyberspace and armed forces. The rationale for offensive cyber capabilities. Strategic Insights. ASPI. Australian Strategic Policy Institute.

Liang, Q. y Xiangsui, W. (1999). *Election : Unrestricted Warfare*. PLA Literature and Arts Publishing House. Beijing. China. February, 1999.

Mack, A. (1975). Why Big Nations Lose Small Wars: The Politics of Asymmetric Conflict. *World Politics*, Vol. 27, No. 2, pp. 175-200

Mancera, J. M. (2014). La ciberguerra china desde la lógica de la guerra irrestricta. *Ciencia y Poder Aéreo*. Vol. 9.

Maxwell, J. A. (1996). *Qualitative Research Design*. An Interactive Approach. Thousand Oaks: Sage.

McCarthy, C. J. (2010). Anti-Acceso / Negación de Área: La Evolución de la Guerra Moderna.

McEvoy Manjikian, M. (2010). From Global Village to Virtual Battlespace: The Colonizing of the Internet and the Extension of Realpolitik. *International Studies Quarterly*, Vol. 54, No. 2, pp. 381-401

Mearsheimer, J. (2004). Why China's Rise Will Not Be Peaceful. Chicago University. 17 Sept 2004. <http://mearsheimer.uchicago.edu/pdfs/A0034b.pdf>

Mearsheimer, J. (2014 (Reedit)). *The tragedy of great power politics*. New York: Norton & Company.

Mengxiong, C. (1997). Weapons of the 21st Century. *China Military Science* (Spring 1995). En Pillsbury, Michael, trans, and ed., *Chinese Views of Future Warfare*. Washington, DC: National Defense University.

Metz, S. & Johnson II, D. (2001). Asymmetry and U.S. Military Strategy: Definition, Background, and Strategic Concepts. *SSI* <<http://ssi.armywarcollege.edu/pdffiles/pub223.pdf>>

Middlebury, M. J. (2015). Sistemas de vehículos guiados y las implicaciones para la estabilidad estratégica y las reducciones de armas. Institute of International Studies.

Misokami, K. (2014). Five chinese weapons war America should fear. *National Interest*.
<http://nationalinterest.org/feature/five-chinese-weapons-war-america-should-fear-10388>.

Publicado el 14/05/2014. Recuperado el 20/12/2017.

Morrow, W. K. (1992). When Do Power Shifts Lead to War? Midwest Political Science Association.

Mulvenon, J. (1999). The PLA and Information Warfare. En: Mulvenon, J. & Yang, R. *The People's Liberation Army in the Information Age*. RAND
<https://www.rand.org/pubs/conf_proceedings/CF145.html>

Nye, J. (2011). Cyberspace Wars. *The New York Times*. The opinion pages. 27/02/2011.
<https://www.nytimes.com/2011/02/28/opinion/28iht-ednye28.html>. Recuperado el 10/03/2018.

Nye, J. (2012). Cyber War and Peace. *Project-syndicate*. <https://www.project-syndicate.org/commentary/cyber-war-and-peace?barrier=accessreg>

Nye J. (2012). The twenty-first century will not be a “post-American” world. *International Studies Quarterly*, Vol. 56. N° 1. Pp 215-217.

Nye, J. (2015). *Is the American Century Over?*. Cambridge. Polity Press.

Organski, A. F. (1968). *World Politics*. New York: Knopf.

Ou, S.-F. (2013). La estrategia A2AD de China y su perspectiva geográfica.

Paul, T. V. (1994). *Asymmetric Conflicts: War Initiation by Weaker Powers*. Cambridge University Press.

Phillips, A. (2012). The Asymmetric Nature of Cyber Warfare. *USNI News*. 14/10/2012. <https://news.usni.org/2012/10/14/asymmetric-nature-cyber-warfare>. Recuperado el 05/01/2018.

Pierson, P. (2004). Long Term Processes. En *Politics in Time*. Princeton: Princeton University Press. Capítulo 3. pp. 79-96.

Pillsbury, M. (2000). *China Debates the Future Security Environment*. Washington: National Defense University Press.

Pillsbury, M. (2015). *The Hundred – year marathon. China’s secret strategy to replace America as the global superpower*. New York. Henry Holt and Company

RAND Corporation (2016). *War with China: Thinking through the unthinkable*. https://www.rand.org/pubs/research_reports/RR1140.html

Raska, M. (2016). Experimentos satelitales cuánticos de China: implicaciones estratégicas y militares. *Nanyang Technological University. RSIS*. No. 223.

Rinehart, I. E. (2016). Las Fuerzas Armadas chinas: panorama general y cuestiones para el Congreso. David Gitter Research Associate.

Rubbi, L. (2016). Edición especial: Los arsenales nucleares del mundo. *Estado Internacional*. 06 de Marzo de 2016. <http://www.estadointernacional.com/edicion-especial-los-arsenales-nucleares-en-el-mundo/>. Recuperado el 05/02/2018.

Rumbaugh, W., & Horitski, K. (2015). La amenaza de los misiles chinos: una marea creciente en el Pacífico. *MDAA Country Brief*.

Schweller, R. (2011). Emerging Powers in an Age of Disorder. *Global Governance*. Vol.17.

Segal, A. (2017). How China is preparing for cyberwar. *The Christian Science Monitor*
<https://www.csmonitor.com/World/Passcode/Passcode-Voices/2017/0320/How-China-is-preparing-for-cyberwar>

Sieg, H. M. (2014). How the transformation of military power leads to increasing asymmetries in warfare? From the battle of Omdurman to the Iraq Insurgency. *Armed Forces & Society*, 40(2), 332-356.

Singer, P. y Friedman A. (2014). *Cibersecurity and Cyberwar*. New York, Oxford University Press.

SIPRI (2017 A). *Trends in International Arms Transfers, 2016*. Stockholm International Peace Research Institute. Febrero, 2017. <https://www.sipri.org/sites/default/files/Trends-in-international-arms-transfers-2016.pdf>

SIPRI (2017 B). *Trends in World Military Expenditure, 2016* Stockholm International Peace Research Institute. Abril, 2017. <https://www.sipri.org/sites/default/files/Trends-world-military-expenditure-2016.pdf>

Solomon, J. F. (2011). La defensa de la flota del misil balístico antibuque de China: El papel decepcionante naval en defensa de misiles basados en el mar. Washington, DC: Faculty of the Graduate School of Arts and Sciences of Georgetown.

STPRC (2015). *China's military strategy. White paper*. The State Council. The People Republic of China. http://english.gov.cn/archive/white_paper/2015/05/27/content_281475115610833.htm

Subramanian, A. (2016). Tomando el liderazgo en la tecnología cuántica: Las comunicaciones satelitales chinas.

Sullivan, P. L. (2007). War Aims and War Outcomes: Why Powerful States Lose Limited Wars. *The Journal of Conflict Resolution*. Vol. 51. N° 3.

Thornton, R. (2007). Asymmetric Warfare Threat and Response in the Twenty-First Century. Cambridge: *Polity*. Vol. 241.

Twomey, C. (2014). Military Developments. En Hachigian, N. (Ed.) *Debating China*. New York. Oxford University Press. Pp. 152 – 175

Tzu, S. (2002). *El Arte de la Guerra*. Longseller. Buenos Aires. Argentina.

U.S. Department of Defense (2013). 2013 *Annual Report to Congress on the Military and Security Developments Involving the People's Republic of China*.
http://archive.defense.gov/pubs/2013_China_Report_FINAL.pdf

U.S. Department of Defense (2014). 2014 *Annual Report to Congress on the Military and Security Developments Involving the People's Republic of China*.
https://www.defense.gov/Portals/1/Documents/pubs/2014_DoD_China_Report.pdf

U.S. Department of Defense (2015). 2015 *Annual Report to Congress on the Military and Security Developments Involving the People's Republic of China*.
https://www.defense.gov/Portals/1/Documents/pubs/2015_China_Military_Power_Report.pdf

U.S. Department of Defense (2017). 2017 *Annual Report to Congress on the Military and Security Developments Involving the People's Republic of China*.
www.defense.gov/Portals/1/Documents/pubs/2017_China_Military_Power_Report.PDF

Uzal, R. (2012). Guerra Cibernética: ¿Un desafío para la defensa nacional?. *Revista Visión Conjunta*. Año 4. N° 7. Pp. 40 – 47.

Uzal, R. (2016 A). Ciber Disuasión. Un capítulo particularmente sensitivo de la Ciberdefensa. CARI. Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales. *Boletín del ISIAE*. Ciberseguridad. Julio de 2016.

Uzal, R. (2016 B). Ciberdefensa: El factor crítico de Éxito Esencial. CARI. Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales Ciberseguridad. *Boletín del ISIAE*. N° 63. Abril 2016. Pp 8-18.

Valles, M. (1997). *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis.

Vargas, E. M. (2014). *Ciberseguridad y Ciberdefensa: ¿Qué implicaciones tienen para la Seguridad Nacional?*. Universidad Militar Nueva Granada. Facultad de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad. Especialización en Alta Gerencia de la Defensa Nacional. Bogotá D.c.

Wallerstein, I. (2003). *The decline of American power*. New York. The New Press

Waltz, K. N. (1979). *Theory of International Politics*. Waveland Press, Inc.

Waltz., K. N. (1988). The origins of war in Neorealist theory. *Journal of Interdisciplinary History*. Vol.18. N° 4.

Wang, H. y Zhang X. (Eds.) (2000). *Zhanyi Xue (On Military Campaigns)*. Beijing National Defense University Press.

Wolf, J. (2011). China key suspect in U.S. satellite hacks: commission. Reuters. 28/10/2011. <http://www.reuters.com/article/us-china-usa-satellite-idUSTRE79R4O320111028>. Recuperado el 12/01/2018.

Zakaria, F (2011). *The post american world*. Release 2.0. W. W. Norton & Company. New York.